art.escaner

Marcelo Olivares Keyer

UNA CORDILLERA LLAMADA SPINETTA



2026

Publicado en art.escaner.cl · 8 de noviembre de 2026

para Kateban, Enrique y Malinche

I LA SEMILLA

Hace ya su tiempo que falleció Luis Alberto Spinetta Ramírez (sí, así se llamaría si en Argentina se usasen dos apellidos). Exactamente catorce años. Nos pilló de sorpresa, pero el "Flaco" decidió al final desobedecer esa admonición que lo persiguió por décadas allá donde fuese a tocar, esa mezcla de ruego y exigencia, o petición imposible y surrealista que decía: *Flaco, no te mueras nunca*. Pero lo hizo igual, como cualquier simple mortal o hijo de vecino, a pesar de que fue y será, por los siglos de los siglos, el más grande músico de rock de Latinoamérica.

Era un chico de barrio, barrio de Núñez muy cerquita de Bajo Belgrano, a no muchas cuadras de las marrones aguas del Río de la Plata que corren hacia el sudeste llevando el légamo del Brasil. Familia "bien constituida" de clase media ("media baja", aclararía el Flaco), madre dueña de casa, padre músico y reparador de guitarras que cantaba bajo el pseudónimo de "Carlos Omar", y una casa llena de discos, ojo con eso, discos de todo. Era el hijo del medio entre una hermana mayor y un hermano menor. Cuando chico dicen que parecía un ángel, un ángel muy delgado de ensortijada cabellera rubia, pero con una sonrisa malévola y una mirada que -hay fotos para demostrarlo- atravesaba el espacio tiempo de lado a lado, avisando que no estaba para pequeñeces y que lo suyo iba más allá, mucho más allá.

Ya de chico hacía sus presentaciones entreteniendo a la familia y los amigos e inclusive apareciendo en televisión, de lo que al parecer no quedaron registros (como sí lo hay, por ejemplo, de Jimmy Page niño en la televisión inglesa). Entrando en la adolesencia se arrimó al grupo Los Larkins, en los que tocaba su amigo Rodolfo García, los que a su vez eran amigos de Los Sbirros, también cercanos al barrio. En los Larkins, que también se llamaron Los Masters, estaba Emilio del Guercio, con quien hizo un fugaz dúo llamado Bundlemen. Ahí ya lo tenemos al Flaco tocando a tres bandas (también en Los Mods) en lo que sería la semilla de Almendra, sí, la semilla de la

semilla. Tras la consabida etapa de sucesivos cambios de nombre, integrantes esporádicos e inclusive la grabación de un disco de acetato con canciones en inglés, para el verano de 1967 los cuatro muchachos que formarían Almendra ya estaban más o menos decididos a lanzarse al ruedo, pero uno de los chicos tuvo que partir al servicio militar, lo que postergó el nacimiento oficial de Almendra para 1968. Un año antes, haciéndose un espacio entre Sandro, Leo Dan y Palito Ortega, un grupo llamado Los Gatos metía la cuña del rock en castellano en las radioemisoras, e inclusive una de sus canciones, compuesta por Litto Nebbia y José Alberto Iglesias (que no era de la banda y le gustaba usar el pseudónimo de "Ramsés VII"), llamada *La Balsa*, trascendía las fronteras argentinas y se escuchaba por todo alrededor. Con respecto al Flaco, ya circulaba el boato de lo prolífico que era, comentándose que tenía decenas de temas propios. De hecho, canciones suyas estaban siendo grabadas por gente como Alfredo Céspedes (alias "Pot Zenda", alias "Perico Gómez"), el dúo "Bárbara y Dick", y el grupo "Los in".

La situación política en la Argentina a fines de los años sesenta no difería mayormente de lo que había sido la tónica durante casi todo lo que iba del siglo XX en la mayoría de los países de nuestra región, es decir sucesivos golpes de estado que abortaban periódicos intentos de reflotar la democracia, instalando breves dictaduras, y así sucesivamente. Entonces, estamos en 1968. Rodolfo García, de 22 años, Edelmiro Molinari, de 21, Luis Spinetta, de 18, y Emilio del Guercio, también de 18, por fin juntos, empiezan a darse a conocer. Aunque todavía no tenían nombre definido y ni se habían presentado oficialmente en ningún escenario, la cosa anduvo bastante rápido, tanto que antes de finalizar el año ya estaban grabando un par de canciones para su primer disco single. Las canciones fueron *Tema de Pototo* y *El mundo entre las manos*. *Tema de Pototo,* sentido homenaje psicodélico a un amigo que creían muerto pero que en realidad andaba de parranda, sería grabada poco después por el mendocino Fuad Jury (más conocido como "Leonardo Favio"), aunque, con más ojo comercial, la rebautizaba con la primera frase de la canción: *Para saber cómo es la soledad*.

1969 fue el año de eclosión de Almendra, debutando oficialmente en enero en una discoteca de Mar del Plata. Aparte de iniciar una intensa seguidilla de presentaciones que inclusive los llevaron al Festival de Ancón, en Lima, y de grabar otro disco sencillo (Lado A: *Hoy todo el hielo en la ciudad*. Lado B: *Campos verdes*), a mediados de año estrenaron en vivo la canción *Muchacha (ojos de papel)*, una bella balada hippie de la que el Flaco nunca más pudo zafar, antecediéndolo en su expansión continental. De hecho, hasta principios de los años ochenta a Luis Alberto Spinetta se lo identificaba, acá en Chile y seguramente en otros lugares también, gracias a *Muchacha*. Él mismo, al igual que otros músicos con canciones demasiado exitosas, trató de bajarle el perfil, inclusive publicando interpretaciones que buscaban apagar o al menos cuestionar el aura de la preciosa canción. Pero al final se entregó, y la cantaba en todos lados. Era como la rúbrica al pie del cuadro, y en entrevistas ulteriores señaló a Serrat y a Miguel Abuelo como influencias en su génesis. Y fue *Muchacha* la canción elegida para abrir el primer álbum del cuarteto, el que salió en enero de 1970 y se llamó, obvio, ALMENDRA. Constaba de nueve canciones y una carátula con un dibujo de Spinetta, un dibujo que no es ninguna maravilla, pero Luis Alberto era también un dibujante compulsivo que de hecho alcanzó a iniciar estudios formales de bellas artes; y además ¿quién le iba a decir algo al Flaco? El dibujo -en colores- es el retrato payasesco de un hombre que sufre, un hombre humillado. Lo importante es que estamos hablando de un álbum fundacional, el álbum que posicionó definitivamente el rock en castellano en Argentina y de ahí a todo alrededor, tras el trabajo también fundacional de grupos como Los Gatos, Manal, Los Abuelos de la Nada o el ya mencionado "Ramsés VII" (este último, terminó instalado en la Historia con el apodo que le impusieron los demás para molestarlo: "Tanguito", que nunca le gustó).

ALMENDRA es un álbum con mucho sabor de época: folk, un incipiente jazz-rock, rock progresivo, psicodelia, ideario hippie; inclusive trasunta ingenuidad, por supuesto, si los chicos todavía estaban aprendiendo a tocar. En resumen, un álbum ecléctico con mucha poesía, que derrocha melancolía, intimismo, existencialismo y ganas, ganas de crecer, que nos dejó clásicos como *Ana no Duerme* o *Plegaria para un niño dormido*. Y crecieron

tanto que ya para el segundo álbum, lanzado a fines de ese mismo 1970, titulado igual, y por lo tanto conocido hoy como ALMENDRA II, los pibes tocaban de puta madre. Aprendieron rápido, sí.

ALMENDRA II es un álbum doble, con veintiún canciones que evidencian un dominio ya pleno de los instrumentos, la composición, las letras, todo, un verdadero salto evolutivo. Pareciera que han pasado cinco años desde el inicio, pero no, si solo ayer estaban, como diría el Flaco en una entrevista años después: *"en casa de mis viejos, leyendo a Neruda y escuchando a Piazzolla"*.

Este segundo álbum de Almendra es un plato fuerte, desde *Toma el tren hacia el sur*, pasando por *No tengo idea*, la belleza de *Camino difícil*, la sabrosa polenta de *Rutas argentinas*, y así, veintiún gemas juveniles lanzadas al camino (*Aire de amor*, *Mestizo*, ...en fin, todas) como un reguero eléctrico para seguir a los magos. Pero los jóvenes magos, como suele suceder en estos casos de éxito explosivo, ya estaban hartos los unos de los otros. El más molesto era el riguroso Spinetta, el que ya había pergeñado toda una ópera rock llamada *SEÑOR DE LAS LATAS*, pero a la que sus socios no le estaban dando mucha bola, ya que, a diferencia de todas las bandas que Spinetta formaría después, aquí no había ningún jefe. Así las cosas, Almendra se disolvió por los mismos días en que su segundo álbum estaba disponible en disquerías. Un álbum consagratorio, definitorio y final, un temprano final, aunque no tan final.

II SPINETTALANDIA

Convertido prematuramente en estrella del floreciente rock bonaerense como cara más visible de los recién disueltos Almendra, al Flaco no le costó nada reclutar otra pandilla de jóvenes y prometedores rockeros con los que formar una nueva agrupación; pero los candidatos eran tantos que varios proyectos de banda se disolvieron después de tocar un par de veces. Spinetta, de hecho, tocaría durante todo su ciclo vital con un centenar de músicos, la mayoría verdaderos virtuosos, cuyos nombres obviaré en la mayoría de los casos, ya que este es un escrito sobre Spinetta y no un listado de sus acompañantes. Además, son un montón, y esto se me iría de las manos.

Después de tanto ensayo y error, Luis Alberto, empecinado y perfeccionista, consiguió en el verano del 71 grabar un álbum que pretendió titular SPINETTALANDIA Y SUS AMIGOS. Sus amigos eran muchachos como Miguel Peralta (alias Miguel "Abuelo") y Norberto Napolitano (alias "Pappo"), futuras estrellas con luz propia, destacando también el gordo y multifacético "Billy Bond" (pseudónimo del tano Giuliano Canterini, figura fundamental del naciente rock argentino en tanto puente entre los incipientes rockeros y los productores tipo Jorge Álvarez, prócer este último que bien vale un par de misas). Sin embargo una agria sorpresa se llevaron los muchachos cuando en marzo salió el disco, ya que los del sello se avivaron y lo lanzaron como si fuese el tercer álbum de Almendra y hasta le inventaron una carátula, llegando a meter rápidamente en tiendas tres ediciones con distintos títulos, hasta que un juez cortó la joda y el cuerpo del delito desapareció por más de veinte años de las disquerías. Recién en 1995 pudo salir con su título y portada originales.

Más allá del rock pesado del comienzo, el álbum de la discordia exuda libertad y experimentación. Entre lo folk, lo hippie, lo instrumental y la improvisación colectiva (hay una canción que perfectamente podría haber sido de Los Jaivas), destaca entremedio la bella balada al piano *La búsqueda de la*

estrella (cuyo título fue uno de los que utilizaron en el sello para su edición tramposa), a continuación de la cual *Era de tontos* indica hacia dónde apuntaría nuestro héroe en su siguiente proyecto. En resumen, una obra sumamente representativa de su tiempo, con la que -para mi gusto- Spinetta se despide para siempre de la obra abierta e improvisada; de aquí en más, afilaría cada vez más el cuchillo con el que cortaría la historia de la música de este lado del mundo y extirparía de sí mismo toda concesión a lo fácil o superficial.

Pero hay algo de lo que nadie escapa, ni el más individualista y excepcional genio del arte, ese algo es el espíritu de la época, atmósfera que siempre nos envuelve y en cuyo limo nadamos, nos guste o no. En este sentido, los dos siguientes álbumes de Spinetta entroncan con la vanguardia del rock de principios de los setenta, es decir lo que hoy llamamos rock pesado (a pesar de que, lo recuerdo porque yo era un niño adicto a las revistas, por aquellos años se usaba más la denominación "rock progresivo"). Considerado esto, el Flaco bautizó a su nueva banda como Pescado Rabioso, y en septiembre de 1972 aparece DESATORMENTÁNDONOS, el primero de dos álbumes bajo la misma denominación. Una Joya.

Aquí debo indicar por qué titulé este escrito como "Una Cordillera..."; lo hice porque fue lo más parecido que encontré a la obra total de Spinetta, vale decir algo extenso, bello, siempre alto, y con una decena de cimas que llegan al cielo. DESATORMENTÁNDONOS es una de esas cimas, para mi gusto la primera cima del legado spinetteano. A pesar de que la censura dictatorial consiguió impedir la inclusión en el álbum del perturbador blues *Me gusta ese tajo,* estamos, quizás por esto mismo, ante un álbum perfectamente coherente de principio a fin; el mismo sonido, la misma fuerza, amalgama de rock pesado y poético, pulido y desplegado con pulcritud a lo largo de las cinco canciones (sí, solo cinco canciones, el rock progresivo era así) sin la más mínima interferencia, conformando prácticamente una única canción en cinco partes. Insisto: *Me gusta ese tajo*, temazo sin duda y todo un clásico, no calza con la poética de DESATORMENTÁNDONOS, una delicia para el rockero exigente y para el adicto a las buenas letras, ya que aquí el Flaco comenzó a

dejar en claro que dominaba todas las facetas de la música popular de calidad, lo que incluye las letras, letras inicuas cuyo hermoso daño sea irreparable.

Entre septiembre del 72 y mediados del 73 pasaron varias cosas. Por ejemplo, un endiosado Juan Domingo Perón regresó a la Argentina como el esperado mesías después de diecisiete años de exilio, desatando una batahola de aquellas, caos y decepción incluidos. Con respecto a Pescado Rabioso, tras algún cambio de integrante y la publicación de un disco single que en el lado B traía la magnífica y sensual *Despiértate nena*, apareció, en febrero, PESCADO 2, un álbum que, si bien mantiene la calidad, se diferencia del primero en que es un álbum de canciones, ya no una obra progresiva, pero qué canciones. Hay también mayor soltura y variedad. En lo personal, *Como el viento voy a ver* entró en mi panteón personal, pero sin duda hay canciones buenas de sobra - recordemos que es un álbum doble- y para todos los gustos, como *Mañana o pasado, Madre-Selva o Peteribí*. Ahora, si nos elevamos unos dos mil metros y observamos la cordillera Spinetta en todo su esplendor, aquí sí termina un ciclo, el de Spinetta imbricado plenamente en su generación, haciendo algo no tan distinto de los demás, sumergido en el espíritu de la época. Después de Pescado, comenzaron a quedar atrás las guitarras eléctricas al palo y esa actitud desfachatada de niño terrible y genio. Más allá (¿o acá?) de la música, Spinetta frenaba en seco, paraba el reviente, salía a dar una vuelta por ahí como para relajarse un poco, regresaba a la casa de los viejos, y comenzaba la maravillosa metamorfosis del joven y poético rockero en artista absoluto.

III LA SED VERDADERA

Spinetta tenía tan solo veintitrés años cuando grabó el álbum ARTAUD. Cuesta entender tanto talento desplegado a tan tierna edad. Hay otros ejemplos: Federico García Lorca no tenía veinte años aún cuando publicó un libro con impresiones de un reciente viaje recorriendo España; o Enrique Gómez Carrillo, quien a la misma edad publicó un volumen con profundas semblanzas de escritores de su siglo; o Pablo Neruda, quien también recién frisaba los veinte cuando, llegado del sur, deslumbró a los literatos santiaguinos con sus poemas. Sucede, pero no deja de impresionar. Entonces, vamos por parte: El 23 de septiembre de 1973, un Perón cuasi octogenario arrasaba por tercera vez en una elección presidencial y asumía el gobierno en octubre. Por esos mismos días, el todavía veinteañero Spinetta concluía las nueve canciones que compondrían su siguiente álbum, para el que pidió ayuda a dos de sus viejos socios de Almendra y a un par de amigos más. También por esos días conoció a una chica llamada Patricia Salazar, quien sería su compañera por más de veinte años y la madre de sus cuatro hijos.

Como existía el compromiso firmado con el sello para un tercer disco de Pescado Rabioso, el disco tuvo que llevar ese rótulo (a pesar de que el Flaco siempre lo dijo: *"Pescado Rabioso soy yo"*). Pero es en rigor -si asumimos SPINETTALANDIA... como una obra colectiva- el primer álbum de Luis Alberto Spinetta solista. Y es, digámoslo de una vez, el mejor álbum de rock en castellano de todos los tiempos, al menos del rock clásico, anterior al quiebre punk. Especie de ópera rock (algo a lo que Spinetta aspiraba desde los días de Almendra) nocturna e intimista, en donde lo folk y lo conceptual se hermanan en perfecto equilibrio, desarrollando un crescendo impecable que sume al afortunado oyente en un trance opiáceo sin regreso, ya que quien se sumerge con todo en Artaud quedará inmunizado para siempre contra la música de pacotilla y las habladurías del mundo.

Imaginad a los incautos primeros adictos a Spinetta cuando llegaron a las disquerías de Buenos Aires a comprar el álbum de su admirado Flaco en octubre de 1973. En vez del consabido sobre de cartón cuadrado, recibieron un extraño objeto sin forma definible, cualquier cosa menos un cuadrado. Claro, lo que pasa es que Spinetta quería romper con todo lo convencional y exigió al diseñador Juan Gatti una carátula diferente (no, no es el entrañable y recientemente fallecido arquero Hugo Gatti, aunque algo "loco" también). Bueno, esa versión, así de osada, no duró mucho, y luego tuvo que ceder para normalizarse en el habitual cuadrado en las ediciones sucesivas (aunque no hace mucho vi en una disquería de la calle Merced, con secreta fascinación, una nueva edición con la carátula estrafalaria). En cualquiera de sus dos versiones, el disco es verde, y medio perdida en ese fondo hay arrinconada una pequeña fotografía en blanco y negro de Antonin Artaud (*Marseille*, 1896- *Ivry-sur- Seine*, 1948). ¿Por qué Artaud? Sencillamente porque este actor de teatro y cine, dramaturgo y escritor, entre manifiestos, experimentaciones radicales, escenarios y manicomios, jamás transó con lo *convencional*, palabra maldita de la que Spinetta siempre se declaró enemigo mortal.

Artaud (el álbum) es la ópera magna a la que todo artista aspira; quien lo escucha con los oídos y el alma abierta cruza al otro lado del espejo, en el que todo parece igual pero no lo es. Es la caída sin retorno en el foso de Alicia y el descenso con Altazor de Huidobro, todo junto y de una vez, al punto de que dudo que alguien que haya escuchado esta obra en su juventud haya podido continuar siendo una persona normal después. Son, como dije, nueve canciones, las que, partiendo con la diáfana y aparentemente inofensiva *Todas las hojas son del viento*, nos van elevando casi sin darnos cuenta hasta que en la canción seis ya estamos montados en las alturas de *Cantata de puentes amarillos*, cima desde la que ya no hay regreso ni arrepentimiento posible, y viajamos por los confines del universo a toda velocidad, como con la más perfecta inyección psicodélica, en la orilla del abismo, pero sin aguja ni sangre, ya que en este punto de no retorno estamos saciando nuestra sed verdadera, la sed de trascendencia, de totalidad, de Dios. Es la canción total con la que seguramente todo cantautor soñó alguna vez.

¿Y después, qué puede venir después? Vienen tres canciones más. La deliciosa y sensual *Bajan*, masificada en los años noventa en versión de Gustavo Cerati, seguida de *A Starosta, el idiota*, estremecedora joya conceptual para ir despertando poco a poco del trance:

Bocas del aire del mar
beban la sal de esta luz
para sí,
ya coman en la eternidad
algo se va a ahogar
es este ardor
y es esta la fiebre
del que espera
frente al despertar.
...Vámonos de aquí.

Y al final, solo abrir los ojos y terminar de bajar con *Las habladurías del mundo*, en la que un tinte de rock latinoamericano con un dejo a Santana nos reinstala definitivamente en este mundo, respiramos profundo y sonreímos. Estamos vivos, pero ahora sabemos que la paz, si no es en nosotros mismos, ya nunca la encontraremos.

IV LA CIMA

Es difícil permanecer en la cima. Nadie se queda a vivir en la cima de la montaña, y menos si recién tienes veintitrés años. Pensando en otros cantautores que alcanzaron tal nivel, ahí está Bob Dylan, quien con sus primeros cinco álbumes refundó el sentido de la música popular, o Serrat, quien entre mediados de los sesenta y mediados de la década siguiente demostró que la canción popular puede entrar en el terreno de las bellas artes. O en Silvio Rodríguez, que estremeció el orbe hispanohablante con sus pocos álbumes de los años setenta. En todos estos casos, extremos si consideramos su alta calidad, el ciclo divino se sostuvo durante un tiempo para después "caer" a una especie de normalidad dentro de lo excelente, un aterrizaje en el plano de lo ya asimilado por la cultura ambiente. En el caso de Spinetta, como sucede a menudo con otros ídolos, existen los seguidores incondicionales que encuentran que todo lo que lleve su firma es maravilloso, pero si somos algo más objetivos y sabemos leer en los claroscuros del relieve, el ciclo divino en el que el artista camina sobre las aguas de lo superlativo tiene también sus fronteras, y para mi gusto de viejo escuchador de Spinetta, esa obra inigualable por su originalidad y maestría, a menudo sublime, va desde el ya mencionado DESATORMENTÁNDONOS, de 1972, y se extiende por una década y media hasta TÉSTER DE VIOLENCIA, de 1987, cuando ya firmaba sus obras sin el nombre de una banda al lado. Entonces, recorramos un poco esos recintos de lo sagrado y no olvidéis que estamos en la cima, por eso es todo tan extraño.

A fines de ese 1973, Luis reunía a un nuevo grupo de amigos, esta vez venidos de Pappo´s Blues, los bautizaba como "Invisible", y se largaba a invadir el universo sonoro con tres álbumes bajo el mismo rótulo: Invisible, lo que no se ve pero sí está, podríamos decir. El primero, naturalmente "INVISIBLE", publicado al año siguiente con un dibujo del holandés Maurits Escher (quien había fallecido el año anterior) en la carátula, continuando con las sorpresas spinetteanas, traía, aparte en un disco single, la canción *La llave*

del Mandala. Este es un buen momento para recalcar que Spinetta acompañó siempre su obra sonora con agregados multimedia, sean cuadernillos con dibujos, manifiestos, cortometrajes o lo que sea que considerase necesario para acentuar el carácter genuinamente artístico de su obra.

Dentro de la trilogía Invisible, este primer capítulo se desliza por una plataforma de jazz-rock que a ratos bascula entre el característico tono folk que forma parte de la esencia del Flaco, y toques de ese rock pesado y operático ¿progresivo? también consubstancial a nuestro héroe. Entre largos pasajes instrumentales, se extraña, eso sí, un clímax en esta obra. Tal vez la muerte del presidente Perón, en julio de 1974, ya políticamente irreconocible, distrajo las mentes y las almas, y lo invisible ya no pudo serlo tanto.

El segundo capítulo de Invisible salió en septiembre de 1975 y se llamó DURAZNO SANGRANDO, título muy spinetteano sin duda. A diferencia de su predecesor, comienza con todo. La canción *Encadenado al ánima* (muy Led Zeppelin, con lo que ya podemos ir anotando un referente para este ciclo), compuesta de dos partes bastante diferentes, la primera muy rockera y la segunda conceptual, impide todo ensueño, el que está reservado para su continuación, la canción que da título al álbum y que hoy es otro clásico; canción narrativa y simbolista, un sueño psicodélico para sumergirse como en un cuento, estilo que abordaría cada tanto en canciones de singular belleza como *Canción para los días de la vida* (1977), *Ella también* (1982) o *La aventura de la abeja reina* (1982). En estas dos primeras entregas de Invisible, se podría argumentar que el genio de Spinetta ya ha desplegado sobre la mesa todas sus cartas, la urdimbre progresiva de folk y jazz-rock se ha ido perfeccionando y cocinando a fuego lento durante dos años y ya llega a su punto de ebullición, al igual que el gobierno de la viuda de Perón, María Estela Martínez, el que concluía sin pena ni gloria con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976.

El punto de ebullición que realmente nos interesa llegó en septiembre de 1976 y se llamó EL JARDÍN DE LOS PRESENTES, obra culminante que -al igual que en un milenario muro de piedra entre cuyos bloques no cabe ni una aguja- no admite cuestionamientos, es la obra perfecta del demiurgo en

la plenitud de su poder. Lo mismo que en ARTAUD, todo está bien hecho en este disco, desde *El anillo del capitán Beto*, iluminada canción inicial que funciona como una especie de autodefinición del propio Spinetta, hasta *Las golondrinas de Plaza de Mayo*, pintura paisajista y algo profética que nos permite aterrizar, después del vuelo sideral que implican las doce canciones de esta obra maestra que no le va en zaga a ARTAUD, pudiendo verse ambas cimas en lontananza y sobre las nubes, sin nada que se interponga entre ambas más que la nieve y el azul profundo del cielo infinito.

Fue el último álbum de Invisible, ya que todo, incluso lo bueno -bien lo sabemos- cumple su ciclo. Y si de aterrizar se trata, podemos agregar que mientras EL JARDÍN DE LOS PRESENTES comenzaba a recorrer las calles de Buenos Aires, en la misma ciudad y en el estadio del modesto club Argentinos Juniors, aterrizaba en la cancha un niño condenado al que apodaban "Pelusa" y se apellidaba Maradona. Pero sin desviarnos de lo que nos ocupa y más allá de coincidencias significativas, esta es la lista de canciones de esa pieza culminante del rock, un poema por sí sola:

LADO A

El anillo del capitán Beto
Los libros de la buena memoria
Alarma entre los ángeles
Que ves el cielo

LADO B

Ruido de magia
Doscientos años
Perdonado (niño condenado)
Las golondrinas de Plaza de Mayo.

Sí, era todavía la época de los discos de vinilo, en los que la obra se dividía en dos partes, lo que obligaba a hacer una pausa y dar vuelta el disco, toda una calma y finesa que contribuía al deleite de los sentidos, y más si el disco traía una buena carátula, lo que también se cumple en este caso, con otro diseño de Juan Gatti sobre una fotografía tomada por Eduardo Martí.

V ENTRE EL SOL Y ACÁ

A pesar de lo que se repite robótica e irreflexivamente, no tenemos solo una alma, tenemos, por lo menos, dos; eso lo descubrí hace algún tiempo, pero este no es el lugar para argumentar mi hallazgo. En el caso de Spinetta, tiene varias: por un lado el Flaco de Núñez que no necesita del mundo y desde la intimidad de su casa (o la de sus viejos), a partir de su guitarra de madera, engendra, incuba y finalmente lanza a volar preciosas canciones de tono juglaresco que nos arrullan y nos protegen contra la música de pacotilla y la basura del mundo, dándonos a beber medidas dosis de belleza y perfección. El otro Spinetta es el que necesita de dos, tres o cuatro socios que toquen recontra bien, con los que da rienda suelta a su maestría de rockero virtuoso e incomparable. Invisible fue esto último, un momento perfecto en el esperado matrimonio entre poesía y rock.

Desde los días de Almendra que el Flaco venía evidenciando que, junto a su obra de cariz juglaresco y a su faceta más rockera, coexistía una tercera alma, igual de importante en el global de su obra hasta ese momento. Esa tercera alma es el jazz-rock o jazz-fusión. No es extraño cuando conocemos la propensión de Spinetta por lo difícil, lo no fácil, lo no comercial. El caso es que después de EL JARDÍN DE LOS PRESENTES entendió que había llegado a una cima, licenció a los muchachos de Invisible, descendió al mundo de los mortales, y se lanzó a componer un puñado canciones en las que esa conjunción entre libertad y preciosismo que conforma el jazz recorriese el álbum de principio a fin. El álbum se llamó A 18 MINUTOS DEL SOL. Numeroso contingente de músicos lo acompañó en este proyecto, y a pesar de los nombres que circularon para esta agrupación ("Banda Spinetta" o "Experiencia Demente"), ninguno figuró en la carátula del disco, el que vio la luz en octubre de 1977. Compuesto de ocho canciones, comienza con una especie de bossa-nova llamada *Viento del azur* y concluye con *La eternidad imaginaria*, manifiesto místico de inquietantes resonancias cósmicas. Entremedio, secuencias imposibles para un músico novato, y un entregarse a cierto

goce de tocar, tal vez para conjurar el peso colosal del disco anterior. A pesar de esto, en el centro del álbum, como una joya protegida o enmarcada por las demás canciones, se encuentra, rescatada de la fallida ópera Señor de las Latas, *Canción para los días de la vida*, delicada gema del mejor Spinetta trovador, y sin duda la canción más trascendente del álbum.

En esta nueva transición, no solo cambiaba de músicos; también plantaba un árbol, nacían sus dos primeros hijos (Dante y Catarina), y publicaba un libro de poemas llamado GUITARRA NEGRA. Dedicado *"A mis padres, y a mis hijos"*, abre con la siguiente ADVERTENCIA: *"Como nadie tiene conciencia del c̈ontrol̈ de los manuscritos, y aun de existir dicha conciencia, esta no intervendría en mi obra, sino como referencia simbólica a la licitud de la temática, propongo que se olvide cada palabra a medida que ella se lea"*. Bueno, el Flaco siempre difícil. Y era un tiempo difícil ese 1978 aquí en el sur del mundo, tiempo que muchos ya están olvidando y unos pocos trabajan arduo para que olvidemos. Un tiempo en el que un agridulce mundial de fútbol llenaba la Argentina de papel picado, mientras los goles de Mario Kempes hacían, al igual que el arte de Luis Alberto Spinetta, más llevadera la vida en esos días -por decir lo menos- turbios y peligrosos. Ciñéndonos al libro, me parece que es una demostración más de que un buen letrista no es necesariamente un buen poeta sin la columna vertebral de la música al lado. Es mi opinión personal, obvio, y acepto el posible debate, sin embargo en la mayoría de los grandes letristas, cuando caen en la tentación de hacer un libro, noto una merma en la calidad. Tal vez los genios letristas necesitan entrelazar sus versos en el tronco de la música, el que funciona no solo como soporte, ya que también acota la proliferación de imágenes e ideas llevándolas a su justa medida impidiendo la saturación. Hay excepciones, sí (considero que los poemas y las letras de Bob Dylan se sostienen por sí solos al ser encuadernados), pero en la mayoría de los casos me dan ganas de decir "pastelero a tus pasteles". No obstante lo anterior, es del Flaco Spinetta y, obviamente, tengo el libro (Ediciones GatoJurel, 2021), y no lo presto.

Y hay más, aparte de árboles, hijos y libros en este verdadero paréntesis entre A 18 MINUTOS DEL SOL y su siguiente proyecto de excelencia. Para entender la trama de esta curiosidad, hay que mencionar a Guillermo Vilas,

tenista bonaerense que a mediados de los setenta peleaba a raquetazo limpio el cetro del tenis mundial con el norteamericano Jimmy Connors y el rumano Ilie Nastase, dándose tiempo además para brillar en el jet-set, relacionándose con princesas, magnates y gente de esa ralea. También era aficionado a la música, la poesía, y era amigo de Spinetta; tanto, que se ofreció para ayudarlo a abrirse camino en el mercado gringo. Lo hizo, puso a prestigiosos músicos de sesión al servicio del Flaco para que este compusiese una serie de canciones en inglés, el Flaco fue a Estados Unidos, las hizo (incluso armó una con un poema de Vilas), y el resultado fue el peor álbum de Luis Alberto Spinetta. Salió en 1980 y se llamó ONLY LOVE CAN SUSTAIN. Sin palabras. El mismo Flaco lo reconoció en entrevistas, adjudicando el traspié a que -a diferencia de como le gustaba trabajar a él- nunca tuvo el control del proceso creativo, situándolo en las antípodas del excesivamente improvisado SPINETTALANDIA Y SUS AMIGOS, siendo ONLY LOVE..., por culpa de los malditos productores gringos, excesivamente rígido. Y así fue. Anodino, el álbum apunta en muchas direcciones pero no despega en ninguna, nunca, por más fanático que se sea del Flaco, no, sirviendo tal vez para música de fondo en un supermercado. Realmente, solo el amor al Flaco puede sostener este L.P., aunque sea en el baúl de las curiosidades.

Entre tanta aventura, hubo una buena; esperada y buena: la reunión de Almendra. Sí, entre la edición del libro, las idas y venidas de U.S.A., las clases de inglés y prepararle la mamadera y mudar a sus críos (a los que se había sumado un tercero: Valentino), Spinetta extrañaba a sus amigos de Almendra, y ellos a él. Todos habían crecido en el ínterin: Edelmiro Molinari había formado "Color Humano", en tanto que Emilio del Guercio y Rodolfo García habían hecho lo propio en "Aquelarre". O sea que eran los mismos chicos pero ahora siendo músicos de tomo y lomo. El álbum se llamó EL VALLE INTERIOR, salió a fines de 1980, seguido por una exitosa gira nacional, y es la perfecta conjunción entre lo esbozado en A 18 MINUTOS DEL SOL y lo que vendría después, dejándonos para la antología *Miguelito, mi espíritu ha partido a tiempo,* clásica joya spinetteana, delicada, sorprendente y libre, o *Cielo Fuerte (amor guaraní),* compuesta por Emilio del Guercio, cerrando con *Buen día, día de sol*, canción en la que ya se avizoran los años ochenta

(y cuyo título anticipa a *Buen día, día*, de Miguel Abuelo). En la portada trae un impecable dibujo en colores de Eduardo Santellán, inspirado en el viejo hotel Villavicencio, cerca de Mendoza.

VI RETOMANDO EL CAMINO

Entre tanta novedad, el Flaco seguía siendo el Flaco, más vale, y ya pergeñaba formar una banda de eximios músicos para lanzarse con todo al jazz-fusión-rock. Podría haberlo hecho con sus viejos amigotes de Almendra, si ya estaban tocando juntos. Pero, como señalé antes, entre sus primeros socios el Flaco no podía gobernar, siendo Almendra una cofradía democrática y horizontal, y todo gran artista es un maniático que necesita controlarlo todo, al menos en un principio. De ahí que Spinetta haya construido sucesivas bandas siguiendo los dictados de su inspiración y disolviéndolas cuando se le daba la gana. Así nació Jade, banda de acompañantes en constante cambio de alineación, cual de todos mejor músico.

Es difícil imaginar a qué hora Spinetta y sus numerosos socios de Jade daban forma a las siete canciones que integrarían el primer disco de Spinetta-Jade, considerando la agenda del Flaco. Quizás sea cierto que era un hechicero o demiurgo, como algunos postulan, capaz de crear tiempos paralelos y universos alternativos. Lo cierto es que el álbum salió también en ese sobrecargado 1980, se llamó ALMA DE DIAMANTE, y contiene, aparte del escalofriante instrumental titulado *Digital Ayatollah,* dos de las canciones más conmovedoras del enorme legado spinetteano, esas canciones que hacen sospechar que el Flaco estaba conectado con algo superior, algo más que un talento superlativo para componer canciones y entrelazarlas con letras trascendentes, de esas que -sobre todo si las escuchamos siendo jóvenes- nos elevan, abren nuestra mente, nos enseñan a pensar y de paso nos vuelven unos desadaptados que jamás calzaremos con la mediocridad ambiente. En el caso de este álbum, esas canciones son *Alma de diamante* y *Dale gracias,* en cuyas letras, y en todas las del álbum, se transparenta la influencia del misterioso escritor Carlos Castaneda.

A la hora de las influencias extra musicales, Spinetta siempre fue bastante claro, mencionando en las entrevistas a los numerosos autores que lo impresionaron. La lista es larga, ya que el Flaco era, como todo trovador de fuste, un adicto a la lectura, que devoraba inclusive revistas científicas. No obstante lo anterior, si hay uno que calza con el universo spinetteano, ese es Carlos Castaneda, el "antropólogo" que, ocultando todo dato que apuntase a su propia biografía (*"No pretendas brillar con tu historia personal"*), publicó, entre fines de los años sesenta y la primera mitad de los setenta, una zaga de relatos supuestamente autobiográficos que popularizaron definitivamente en la cultura occidental el concepto de *chamanismo*, con su imperativo llamado a enfrentar la vida como un *guerrero*. Pocos autores influyeron tanto en tan pocos años como este supuesto antropólogo de origen sudamericano (¿peruano? ¿brasilero?), el que con sus libros, sobre todo los cuatro primeros, instaló algo así como los cuatro evangelios del guerrero que "no detiene jamás su marcha". Y en la marcha de Spinetta, en ese reguero de canciones a las que nos aferraremos durante toda nuestra vida para saciar nuestra alma sedienta, *Alma de diamante* es no solo una canción de lujo o una plegaria para seguir creyendo en la belleza y en el sentido de la vida, es tal vez el mejor sobrenombre para su autor, un flaco divino con el alma de diamante, los ojos de papel y el corazón de tiza.

Fueron cuatro los álbumes bajo la denominación Spinetta-Jade, y en cada uno hubo rotación de integrantes, los que, sin exagerar, podríamos aseverar que constituyeron una especie de selección de los mejores músicos argentinos de su tiempo. Entre estos, un joven bajista de veintidós años recién cumplidos llamado Pedro Aznar, con el que el Flaco compondría a mediados de 1981 la música para el montaje teatral "LENY BLUES", de Robertino Granados, poco antes de la salida, en noviembre, del segundo álbum de Spinetta Jade, el que se llamó LOS NIÑOS QUE ESCRIBEN EN EL CIELO.

Es un álbum más parejo que el anterior, el que era desnivelado por las dos canciones mencionadas. En LOS NIÑOS QUE ESCRIBEN EN EL CIELO me atrevo a señalar que el nivel promedio a lo largo de las diez canciones es más alto, ya que extraordinarias canciones como *La Herida de París*, *Sexo* o *Nunca me oíste en tiempo,* están rodeadas de otras tantas apenas un poco

menos perfectas como *Moviola*, *Contra todos los males de este mundo* o *Un viento celeste*. También trae dos instrumentales para los amantes de la música por la música, resultando de esta manera un álbum en que lo sofisticado y lo que podría sonar en la radio se equilibran, tornando accesible aquello que parece reservado solo para iniciados, siendo este quizás el sentido final de la obra spinetteana, algo así como traer a Vivaldi y Mozart a tomarse unas cervezas con nosotros y fumar alguna cosilla. Ahora, sabemos que Spinetta siempre se las arreglaba para esconder entre tanto florilegio instrumental alguna balada intimista de su sello más personal. En el caso de este álbum esa canción es *No te busques ya en el umbral,* en la que nos advierte: *"Estás perdiendo el tiempo, pensando, pensando. Estás fuera de la vida, jugando y perdiendo..."* Claramente el enigmático Castaneda aún resonaba fuerte en la mente del Flaco.

VII BASTA DE PENSAR

Por más argumentos que se tengan, todo mapa de la realidad es un mapa, no la realidad, y más con Spinetta, eterno enemigo de lo predecible, siempre en guardia y a contramano, el que, así como en plena transición entre Pescado e Invisible publicó ARTAUD, nueve años después y abriendo un claro en pleno ciclo Jade, nos brindó en plan solista otra cima en su obra, otro punto alto -altísimo- del Spinetta juglar, el más esencial Spinetta. Casi solo con su guitarra, grabó en el verano de 1982 once canciones que englobaría bajo el título de KAMIKAZE y saldría a las disquerías en abril. Sí, el mismo abril en que la Dictadura argentina, en lo que pretendía ser una jugada magistral para perpetuarse en el poder, mandaba a 649 argentinos a morir en el Atlántico sur. Pero ese es otro tema, muy feo, el que además contribuyó a que las implicancias del concepto "kamikaze" se disparasen, desde el vano sacrificio por un ideal impuesto, hasta la entrega total -vital y mortal- al arte.

KAMIKAZE es en realidad una compilación de canciones compuestas algunos años antes pero que por diversas causas iban quedando fuera de los álbumes. Eso explica en parte su diferencia con lo que venía haciendo con los muchachos de Jade, con quienes retomaría el trabajo solo a mediados del año siguiente. Solo en parte, ya que la forma que tomaron esas canciones deja en claro que necesitaba volver a su yo más solitario. Fueron pocos los compañeros que reclutó para esta obra, y lo que queda resonando una vez escuchado -una y mil veces- es la voz, la guitarra y el sentimiento, pese a que arranca con la canción que da nombre al álbum, la que, a pesar de las connotaciones bélicas de su título, resulta algo lúdica por su forma, en un disco que se caracteriza por alcanzar altos grados de emoción, tristeza e inclusive dolor. De hecho, en lo personal, es el álbum de Spinetta que más me hace llorar, a pesar de su calidez, o quizás por esto mismo. Su tono intimista y la preponderancia de las guitarras tienden a aproximarlo a ARTAUD, pero ha pasado casi una década, no es lo mismo tener 32 años que 23, y las guitarras ya no suenan igual, teniendo las de este álbum un dejo metálico, por lo

tanto más urbano, y un eco que en algún momento rebota, quizás, con las paredes del universo. Además, la canción *"Almendra"*, con su sonido pop, y la instrumental *"Águila de trueno Parte II",* interrumpen lo que podría haber sido un crescendo mortal. No obstante lo anterior, la emoción va abriéndose paso sin retorno desde *Barro tal vez*, canción de resonancias folklóricas compuesta por Spinetta en su adolesencia, y continúa acentuándose con *¡Ah, basta de pensar!*, la que lo dice todo con su título, en la que el Flaco nos abre el pecho con su cuchillo de jade para ofrendárselo a los dioses y devolvérnoslo a continuación con la canción *La aventura de la abeja reina,* un cuento de hadas para el niño que a fin de cuentas siempre llevamos dentro. Con *Y tu amor es una vieja medalla* ya nos acercamos al ascenso final, y con *Quedándote o yéndote,* la voz del Flaco, entrelazada con un piano divino, nos deja allá arriba en los desfiladeros de la emoción, en donde el viento sopla, la luz nos ciega, y queda todavía una canción, *Casas marcadas:*

"Casas marcadas, por el sol; casas marcadas, por la luz. Deja que la luz te brille, deja que la luz te brille, que brille toda tu vida..."

VIII AÑOS OCHENTA

Aunque los años ochenta ya rodaban desde hace un rato en el calendario, no fue hasta 1983 que esto se notó en la discografía de Spinetta. Si bien en LOS NIÑOS QUE ESCRIBEN EN EL CIELO el uso de los sintetizadores ya tenía algo de "ochentero", la complejidad de las canciones no. Tampoco es musicalmente ochentero KAMIKAZE, más ligado a la tradición trovadoresca de los setenta, década en que brillaron juglares de la talla de Cat Stevens, Silvio Rodríguez, Jim Croce y Eduardo Gatti (¿cuántos Gattis existen?). En 1983 Argentina se encaminaba hacia la democracia y Spinetta decidía trabajar a dos bandas: convocaría nuevamente a sus socios de Jade (con los inevitables cambios) para hacer un tercer álbum con ellos, pero al mismo tiempo haría otro disco exclusivamente Luis Alberto Spinetta. Y comenzó primero el solista, el que sería grabado entre febrero y mayo, llevaría el brillante título de MONDO DI CROMO, queriendo decir que en este mundo de cromo estamos todos cromados, o sea recubiertos por una pátina metálica, es decir jodidos. La carátula, una composición fotográfica ultra kitsch, habla a las claras de esta saturación.

MONDO DI CROMO viene a ser el primer álbum del Spinetta definitivo, si consideramos que todo lo anterior fue búsquedas, consolidación y definición. En este disco ya tenemos todos los spinettas: el complejo, el juglar y el pop, ya que ahora sí que ha entrado, tras algunas insinuaciones, la canción pop en el menú spinetteano. Ahí están las canciones *Yo quiero ver un tren, Herido por vivir, Cuando vuelva del cielo,* en el Lado A, y *Lo siento en mi corazón,* junto a la deliciosa *No te alejes tanto de mí*, en el Lado B, canciones perfectamente digeribles por quienes gustan de lo simple y no saben ir más allá del dial. Como contrapunto, contiene tres instrumentales, una "semi instrumental" (*Para Valen*), una de difícil clasificación (*Días de silencio*) y dos plegarias del Spinetta acústico, el que siempre buscamos dentro de la variedad, el que no puede faltar: *La rifa del viento* ("*Vos no te sacrifiques más, tu cuerpo está completo..."*) y *Será que la canción llegó hasta el sol* ("*Si el camino*

surge de la nada, será que la canción llegó hasta el sol..."). Un álbum ecléctico, como serán casi todos de aquí en adelante, ya que Spinetta, sin dejar de moverse dentro de un terreno de excelencia, tampoco menospreciará el acercamiento a lo pop y a lo simple, a lo fácilmente tarareable, aún asumiendo el riesgo de alivianamiento que esto supondrá. De hecho, tras la salida de MONDO DI CROMO en agosto, solo dos meses después salía BAJO BELGRANO, con los muchachos de Jade, el que es tan ecléctico como el anterior, del que solo se diferencia por su mayor despliegue instrumental (por ejemplo en la notable introducción de piano para *Era de uranio,* una de las mejores canciones del álbum).

BAJO BELGRANO, cuyo nombre es un homenaje al entorno urbano en donde Spinetta pasó sus primeros años, lo que también queda expresado en la espléndida carátula desplegable dibujada por Eduardo Santellán, a pesar de ciertas veladas alusiones a hechos ocurridos durante la Dictadura, es un disco que trasunta goce de vivir, no en vano salió cuando la democracia regresaba. Sí, el 10 de diciembre de 1983 asumía el presidente Raúl Alfonsín inaugurando una nueva era no solo para Argentina. En efecto, recuerdo claramente -y no sin emoción- que a partir de 1984 muchos chilenos comenzamos a "respirar democracia" con solo erguirnos de cara a la cordillera y aspirar con fruición aquel aire que venía de allende Los Andes, aire de democracia, aire realmente libre. Y no lo digo solo en términos metafóricos, ya que andábamos a la cacería de todo lo que viniese de Argentina, principalmente revistas (de cómix, de política, de rock, de humor) y música (discos de vinilo y casét). Algunos muchachos de mi edad inclusive cruzaban la cordillera para pasar unos días y sentir la democracia en la piel, los que -para nuestro deleite- regresaban cargados de visiones, anécdotas, revistas y música. A algunos solo nos alcanzaba para ir a Mendoza (ya era algo), pero los más afortunados cruzaban la pampa y llegaban hasta Buenos Aires. En lo personal, me hice adicto a revistas como *Satiricón*, *Expreso Imaginario*, *Pelo*, *Humor* o *Cerdos & Peces*, las que llegaban de segunda mano, pero llegaban, solo había que saber buscar. La que más junté fue *Canta Rock*, que traía cancioneros y en cuyas portadas, con muy buenas caricaturas de músicos, en más de una ocasión apareció el rostro del -aún misterioso a este lado

de Los Andes- Flaco Spinetta; rostro estrecho y alargado y con un prominente mentón. Volviendo al disco, no encuentro que sea una gran obra de conjunto, y su falta de peso quizás está relacionada con esa paradoja que algunos años después comprobamos en Chile, y es que con el fin de una dictadura también se cierra un ciclo de profunda intensidad, de contrición. Es tal la alegría que llega, que la tragedia parece diluirse para siempre y la fiesta parece interminable. Así es, de modo que el arte - y no solo el arte- debe reacomodarse a un nuevo sentido, lo que constituye un desafío no menor. De todas maneras, aparte de la belleza solemne de *Maribel se durmió*, BAJO BELGRANO, a pesar de su irregularidad, trae dos canciones que para mi gusto son las dos partes de una misma narración, me refiero a *Canción de Bajo Belgrano*, que abre el disco, y *Resumen Porteño*, mi canción favorita, y también de mis amigos.

Pasaría todo 1984 hasta que en diciembre, con una bella carátula diseñada por Carlos Mayo a partir de obras de Sixto Caldano, salió el cuarto y último álbum de Spinetta Jade, el que se llamó MADRE EN AÑOS LUZ. Desde la primera canción -*Camafeo*- queda claro que Spinetta ya estaba plenamente seducido por las posibilidades que la electrónica ofrecía a mediados de los años ochenta. Batería electrónica, sintetizadores, secuenciadores, en fin, el Flaco, aún joven (tenía 34 años), si bien nunca se entregó del todo a la *New Wave*, aunque un poco sí, sentía el temblor de la renovación total. También, no lo perdamos de vista, era el primer año de retorno a la democracia en la Argentina; entonces no sorprende el aire de felicidad que recorre el disco, de relajo, de dejarse llevar y al mismo tiempo seguir buscando la medida justa, para encontrar la solución alquímica entre las nuevas tecnologías y el alma de Spinetta, un "deconstruir" para construir. Entonces, en mi opinión, aquí todavía el Flaco está aprendiendo a apretar botones. Pero claro, es Spinetta y nunca lo iba a hacer fácil. Además, se dio el gusto de trabajar con el músico uruguayo Hugo Fattoruso, ex Shakers ("los Beatles uruguayos"), a quien siempre admiró profundamente. MADRE EN AÑOS LUZ es un disco homogéneo de pop electrónico y sofisticado en el que sobresale la belleza incontestable y plena de *Ludmila*, que abre el lado 2 y que en la medida que envejezco la encuentro -al igual que la voz de Gardel- cada día mejor. MA-

DRE EN AÑOS LUZ, entonces, fue la despedida y el desbande de los muchachos de Jade. El Flaco, por su parte, por fin solo nuevamente, se lanzaba de cabeza a mover perillas, apretar botones, desenredar cables y domar las máquinas.

Pero el plan para 1985 incluía otra prioridad. Charly García admiraba a Spinetta desde los días de Almendra, pero, como también había hecho lo suyo desde Sui Géneris en adelante, la admiración era recíproca. Además se llevaban bien, de ahí que cuando en alguna conversación de bar surgió la idea de hacer un álbum juntos, la idea les gustó a ambos, y luego comenzaron a trabajar mano a mano. Dada la experiencia y maestría del talentoso par, no tardaron en aparecer barruntos de canciones e inclusive una canción entera. La canción, como era de esperar, resultó una joya y hoy es un clásico. La bautizaron *Rezo por vos,* y siguieron trabajando, o al menos eso pretendían, pero la cosa no funcionó. Tal cual, los dos capos no pudieron organizarse ni definir un método de trabajo. Charly adujo para este fracaso el hecho de que sentía demasiada admiración por el Flaco y no sabía cómo resolver eso. Spinetta, por su lado, dijo que Charly era un tanto desordenado o falto de disciplina, aunque con los años han ido trascendiendo más detalles sobre este áspero quiebre, entre los que hay que agregar que Spinetta era bastante supersticioso, viendo signos y problemas allí donde solo había coincidencias. El hecho es que el proyecto se canceló, quedando para ambos algunas proto-canciones para desarrollar después. Ahora, cada vez que escucho *Rezo por vos* me pregunto: si pudieron concebir esa maravilla ¿cómo hubiera sido el resto?

Así es que Luis Alberto, luego del traspié del álbum fallido, se lanzó con todo a sus máquinas y engendró PRIVÉ, el que salió en febrero de 1986. En PRIVÉ se lo nota al Flaco plenamente cómodo con lo electrónico, podemos decir que ya no tanteaba sino que exprimía al máximo las posibilidades de esta inesperada mezcla entre el refinamiento extremo que siempre lo caracterizó y el imperativo irresistible que las máquinas parecían ser para su generación. Inclusive el disco comienza con *Alfil, ella no cambia nada*, una de las pocas canciones bailables de Spinetta. Yo la bailé unas cuantas veces, aunque, claro, era yo el que ponía el caset en las fiestas sin pedir permiso.

Pero se bailaba, y con ganas. La canción siguiente es *Una sola cosa*, a la que sigue *Ropa violeta*. Las tres forman una unidad, algo violentas inclusive, al punto de que *Ropa violeta* podría ser clasificada como "pop industrial". Las sigue *Como un perro*, con la que Spinetta nos lleva a caminar por la ciudad. A continuación dos canciones demasiado livianas y facilonas para mi gusto, *Pobre amor, llámenlo* y *No seas fanática*. La creatividad y la intensidad electrónica se retoman con *La mirada de Freud*, para decaer nuevamente con *Patas de rana* y *Las ventiscas de marzo*. Al final, *Rezo por vos*, la que habían hecho con Charly, el que también grabó una versión propia, la que deberá esperar hasta 1987 para ser incluida en su álbum PARTE DE LA RELIGIÓN. Por años me gustó más la versión del Flaco, pero hoy -cuando ya friso los sesenta años- no sé qué versión me gusta más, de todas maneras *Rezo por vos* sigue siendo la canción que me gustaría escuchar en mi funeral.

Se podría pensar que para hacer PRIVÉ Spinetta casi no necesitó socios, dadas las posibilidades de individualismo que las máquinas ofrecen, pero la cosa fue todo lo contrario, al punto de que -dicen- este es el álbum en que Spinetta trabajó con más gente. Así era el Flaco de sorprendente e impredecible. Entre toda la gente que hizo su aporte en PRIVÉ, había un flaco rosarino de veintidós años llamado Rodolfo Páez. Tecladista, cantante y compositor, había lanzado un álbum el año anterior y ya tenía casi listo un segundo. Spinetta, trece años mayor, lo encontró talentoso y se hicieron amigos, de ahí a fraguar un álbum juntos solo había un paso, y lo dieron. Ni bien GIROS (el exitoso segundo álbum de Rodolfito) y PRIVÉ (el enésimo álbum de Spinetta) estuvieron en disquerías, se pusieron a trabajar. Se llevaron tan bien que para la primavera de 1986 tenían veinte canciones. Recuerdo la versión en caset de este álbum, con dos cajas pegadas, ya que no quisieron dejar ninguna canción fuera (aunque para la primera edición en c.d. los del sello le sacaron la última sin consultar a los músicos). En la carátula, los rostros de ambos fundidos en uno solo, así de bien se llevaban. Le cayó bien "Fito" al Flaco, y siempre encomió su talento, colmándolo reiteradamente de elogios. El álbum doble salió en diciembre de 1986 y lo bautizaron LA LA LA. Sí, tal cual.

LA LA LA (nombre propuesto por Spinetta) es un largo reguero, a ratos delicado, a ratos lánguido, a ratos vodevilesco, de canciones unidas por un cierto hedonismo o afán de entregarse a todo lo que dictase la inspiración. Trabajaron, además, con un nutrido número de colaboradores, entre ellos el prestigioso y versátil músico Carlos Franzetti, de quien incluyeron el instrumental *Retrato de bambis* (nombre también inventado por Spinetta). En este amplio recorrido por melodías y texturas, a ratos algo melosas, inclusive versionaron el tango *Gricel*, escrito en 1942 por Mariano Mores y José Contursi. Para mi gusto es un álbum algo plano, del que casi no sobresale ninguna cima, ningún risco en la llanura. Digo casi porque ahí está la penúltima canción, obviamente de Spinetta, llamada *Un niño nace,* que podría ser la continuación de *Ludmila,* del álbum MADRE EN AÑOS LUZ. Huelga aclarar que las letras del Flaco para este disco no bajaron un ápice de su habitual alto nivel, abordando un amplio rango temático y conceptual, cual delta de un río ancho y caudaloso.

Fito Páez formaba parte de la novísima generación de músicos argentinos, los que constituían una especie de avalancha de bandas y solistas que conquistaba aceleradamente Latinoamérica. Así fue que en algún momento de esa primavera de 1986, durante una presentación en el Teatro California, en Santiago de Chile, después de interpretar "La Rumba del Piano" y presentar a su banda, y mientras sofocado por el calor sacudía su camisa, dijo: *"Trajimos un amigo, es alguien que hizo que todos nosotros toquemos y que ustedes estén hoy acá y que haya empezado toda esta música en Argentina hace como quince o veinte años. Es alguien a quien yo quiero y respeto mucho, y que se llama Luis Alberto Spinetta".* Esa fue la forma en que Spinetta puso por primera vez los pies sobre un escenario en Chile, como un fantasma de treinta y seis años apareciendo de súbito en una fiesta del juvenil "Rock Latino". Salvo algún puñado de afortunados que habían visto por la mañana una breve nota en algún diario sobre el inesperado acompañante del rosarino, fue el joven público de Fito Páez el primero en ver al Flaco por estos pagos. Yo vi la nota en el diario, pero como dos días después. Así es la vida. El Flaco interpretó cinco canciones, los dejó a todos con la boca abierta, al otro día dio por ahí una entrevista en la que dijo que estaba leyendo a Wi-

lliam Blake, y se fue, hasta nuevo aviso. Pero los santiaguinos al menos ya podíamos comenzar a ufanarnos de que por Santiago pasó un día Luis Alberto Spinetta.

IX TODOS SOMOS UN TÉSTER DE VIOLENCIA

Pasaron varias cosas desde aquella primavera de 1986 en que LA LA LA estuvo listo y el siguiente álbum del Flaco. En cuanto al contexto histórico, ya comenzaban a quedar atrás la primavera cultural y el carnaval del retorno a la democracia, y la normalidad se instalaba en la sociedad, debiendo cada cual, a partir de ahora, enfrentar solo a sus propios fantasmas. En este contexto general y esperable, sin embargo, la tragedia atacó con saña al joven socio de Spinetta. Mientras Fito se encontraba de gira en Brasil, un tipo entró a la casa de su abuela en Rosario, la que vivía con una hermana y una empleada embarazada, y las asesinó a todas. Tal cual. Afortunadamente Rodolfito era joven y supo salir más o menos luego de la pesadilla. Por su parte, Spinetta, que recibió el impacto -digamos- de manera indirecta, tardó algo más en reponerse. Solo en abril de 1988 pudo entrar al estudio a grabar las canciones que compondrían su siguiente álbum. En un par de meses estuvieron listas y a fines de mayo, seguramente para distenderse un poco, aceptó actuar en un cortometraje dirigido por Fernando Spiner. El Flaco, siempre hiperquinético, se ofreció además para componer la música. El cortometraje se llamaría "Balada para un Kaiser Carabela", y se rodó en la ciudad-balneario de Villa Gesell, en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires. Spinetta disfrutó de la experiencia: *"El papel exigía que el personaje casi no se moviera, lo cual contrasta enormemente con mi personalidad electrónica. Se trataba de "no-miradas" y "no-movimientos", todo lo contrario a mí, que soy movedizo, me rasco la nariz, me tiro del pelo"*. Esta buena onda tuvo su contraparte en el invierno que siguió, cuando el bus en que viajaba con sus músicos para tocar en Córdoba se incendió. Los muchachos zafaron pero perdieron todos sus equipos e instrumentos. Afortunadamente el cantautor cordobés Juan Carlos "La Mona" Jiménez se apiadó y les facilitó todo lo que el Flaco y su banda necesitaban, ¡grande Mona!

Mientras, el nuevo álbum se cocinaba y en algún momento del segundo semestre estuvo listo. Se llamó TÉSTER DE VIOLENCIA, un título que no sorprende, dados los últimos acontecimientos, pero dejemos que nos lo explique el propio autor: *"Se va a llamar TÉSTER DE VIOLENCIA, el título surgió de la amistad con Fito. Llegué a la conclusión de que, en mayor o en menor medida, todos somos un téster de violencia. Somos el territorio sobre el cual se pone en manifiesto la violencia y a la vez somos el medidor de esa violencia".*

Dedicado *"A Julia, mi madre"*, TÉSTER DE VIOLENCIA es algo así como una ópera, una ópera pop electrónica, con todos los instrumentos ejecutados al filo de la explosión. "Pop Pesado" le llamaría yo, ya que las diez canciones que lo componen están engastadas en un sonido homogéneo, el sonido de un mecanismo ascendente que no sabemos a dónde va, pero que nos eleva como en una montaña rusa apretándonos el corazón con cada vuelta de tuerca, a pesar de que arranca con *Lejísimo*, especie de fanfarria bailable que podría movernos erróneamente a creer que lo que viene más adelante es una fiesta, pero si prestamos atención a la letra escucharemos al Flaco confesándonos que su cuerpo es un mero cubo en un cielo blanco y enorme, lejísimo. A continuación, la cadencia envolvente de *Siempre en la pared* nos comienza a raptar para llevarnos allá donde el Flaco nos guíe, ya que hay un mucho de dantesco en TÉSTER DE VIOLENCIA, de viaje hacia lo fundamental, en el que cada canción es un recinto, un espacio incómodo con ecos lejanos -lejísimos- que a la tercera canción - *Al ver verás*- ya nos tienen atrapados y errantes en una selva obscura; ya no queda otra que seguir. El espacio o recinto siguiente es *La luz de la manzana;* aquí los ecos se alejan, tal vez estamos en el desierto, ya que el autor menciona una luna en Atacama que cae de todas las ramas. Estamos en el purgatorio, no cabe duda, ya termina el lado 1 del disco (o caset) y Spinetta lo cierra con *El marcapiel*, la canción más sensual del disco, canción de amor nivel Spinetta, en la que sin embargo desliza algunos enigmas: *Oh luz que todo lo pide...quizás estés tras los viejos muros...todo lo daría todo menos el sol...*

Para empezar el lado 2, el Flaco se la jugó con un experimento. Reafirmando la condición de TÉSTER DE VIOLENCIA de viaje a lo desconocido, Spinetta cedió la primera canción del lado 2 a sus hijos -aún niños- y a un par de amigos de estos. A ellos se debe *El mono tremendo*, engendro de canción que nos advierte que Spinetta, aparte de salirse siempre con la suya, como padre era uno común y corriente que encontraba que todo lo que hacían sus hijos estaba bueno. Salvado este comprensible impasse, retomamos el hilo que parecía perdido y volvemos al álbum con *Organismo en el aire*, título que me hace pensar en la extraña máquina voladora vista por el profeta Ezequiel en el siglo VI a.C. después de haberse tomado o fumado quizás qué. El hecho es que seguimos subiendo mientras Spinetta nos dice que *Ningún lugar de hecho es bueno cuando nadie está* o que *Ansié un abismo y todo se acercó*. Aquí estamos cerca del vórtice, pero antes un preámbulo llamado *Tres llaves*, que funciona como introducción al clímax del álbum, constituido por *La bengala perdida,* cuyo título apunta hacia la violencia colectiva en torno al fútbol, pero extrapolándola hacia la complejidad toda de la existencia, vista como un agotador avanzar en un universo laberíntico e inabarcable. Con esta letra llena de imágenes conmovedoras sucede lo que no es común al trasladar letras de canciones al papel: es un extraordinario poema. Lo he transcrito varias veces y me lo he declamado en soledad, no en vano constituye el clímax de un álbum estremecedor, álbum que no le va en zaga a ARTAUD y que viene a ser la respuesta postmoderna a las claves románticas insinuadas en este quince años antes. Es una ópera, sí, otra ópera spinettiana, pero una ópera eléctrica y desconcertante, estridente y vertiginosa, cuya última canción, *Alcanfor,* con su medicinal título y su evidente tono de epílogo, viene a ser la salida hacia este mundo, regresando de la dantesca travesía: *Pude ver cuando me guardaron/luego sentí como agua y el viaje empezó/estas ruinas son estos mismos cuerpos/hoy las arenas atrapan a los barcos...*

No solo hay un tono de final en estos versos, de muerte diría. De hecho, como señalé unos cuantos párrafos más arriba, aquí Spinetta cierra un ciclo, para mi gusto el gran ciclo de Spinetta, la cima de su legado, constituido este por una década y media de música nivel excelencia, desde que era un vein-

teañero pelilargo con su guitarra bajo el brazo editando discos con carátulas imposibles, hasta el cuasi cuarentón imbricado -como en un cuadro de H.R.Giger- de cables, botones y fríos metales, guiándonos con mano firme por los cien recintos de la poesía. Dios salve a Luis Alberto Spinetta.

X CAFÉ DEL CERRO (BARRIO BELLAVISTA)

Pero la vida continúa, al menos así pareciera, y el arte y la música también, como las estaciones del año. Así las cosas, en pleno otoño de 1989 se comenzó a correr la voz acá en Santiago de Chile de que Spinetta tocaría en el Café del Cerro, mítico boliche santiaguino enclavado en el Barrio Bellavista a los pies del cerro San Cristóbal. Se cumplía el esperado sueño. Y la verdad es que no nos sorprendió tanto la noticia, ya que pocos días antes habíamos visto ahí mismo a Nito Mestre y la cartelera venía desde hacía un tiempo anunciando a músicos trasandinos. El turno del Flaco tenía que llegar, y llegó.

1989 era acá en Chile lo que 1983 había sido en Argentina, con la diferencia de que las elecciones presidenciales anunciadas para diciembre serían un mero trámite de resultado obvio, ya que el golpe de K.O. a la Dictadura había sido el triunfo del "NO" en el plebiscito de octubre del año anterior, exactamente los días de TÉSTER DE VIOLENCIA. En ese contexto de distensión, ya se respiraba aire de primavera cultural y la Dictadura hacía esfuerzos para maquillarse de "dictablanda" y así imponer amarres legales para poder quedarse con todo lo robado durante largos dieciséis años y medio. Esa mezcla de dictablanda, apertura cultural y legalización del expolio pasó a ser conocida como "transición", ¿hacia qué? eso no estaba tan claro. El hecho es que veríamos por fin al Flaco Spinetta, al que veníamos invocando desde hacía años en nuestras juveniles y etílicas reuniones nocturnas, trasnoches de guitarra, alcohol y canabis en Ñuñoa, en las que los caséts -desde Almendra I hasta Téster-desfilaban uno tras otro, y las botellas también, pero sobre todo era la poesía del Flaco, sus frases y sabias sentencias o acertijos los que nos hacían sentir que esas copas rápidamente vaciadas eran el mejor elíxir del mundo, que ese humo denso era el humo del purgatorio, que los duraznos en realidad sangran y que la voz del Flaco era la voz de un profeta, un profeta cercano, de carne y hueso.

Así llegamos esa fría noche a la puerta del Café del Cerro en la calle Ernesto Pinto Lagarrigue, y fuimos los primeros en ponernos en la fila. Hablo en plural porque íbamos guiados por un amigo al que le decíamos Malinche, el principal divulgador de Spinetta que conocí. Detrás nuestro llegó la cantante Catalina Telias, la que al ver a Malinche el primero junto a la puerta exclamó:

- ¡Sabía que te encontraría aquí de los primeros, pero nunca tanto!

Al poco rato ya había una fila considerable y en algún momento se abrieron las puertas del paraíso, perdón, del Café del Cerro. Entramos y rápidamente el pequeño recinto se repletó. El Café del Cerro tenía el tamaño de una especie de restaurante, con mesas incluidas. Malinche me pidió ayuda para agarrar una mesa y ponerla al lado del pequeño proscenio, y así lo hicimos, de manera que quedamos al lado de la silla aún vacía ("el taburete vacío de Dios" como diría Kerouac refiriéndose al piso de uno de sus ídolos jazzeros) y el micrófono.

No recuerdo cómo lo presentaron ni el momento en que Spinetta salió de algún rincón y se sentó frente a nosotros. Lo recuerdo ya instalado a dos metros (o menos) de nuestra mesa, con una camisa de colores, unos jeans grises y la cabellera rubia y ensortijada tocada con un improvisado cintillo. Era un joven de treinta y nueve años, sonriente, educado, alegre, agudo, simpático y...flaco. Ahí estaba ese rostro alargado y ese mentón que yo conocía gracias a las portadas de la *Canta Rock*. Llevaba en la mano una extraña guitarra medio rectangular que parecía trunca al no verse el clavijero (Spinetta la apodaba "El llavero del auto de King-kong"). Se sentó, habló algo (hay grabaciones), y comenzó. Las luces se apagaron y un haz de luz lo iluminó. Algo muy cercano a un semidiós estaba frente a nosotros.

Visto desde hoy, parece una maravillosa conjuración de factores la que hizo que Luis Alberto Spinetta viniese por primera vez a hacer un recital en Chile justo después de haber entregado a la atmósfera su álbum TÉSTER DE VIOLENCIA, si no el mejor, uno de sus mejores discos, el último verdaderamente estremecedor. Y como vino solo con su extraña guitarra, tuvo que acomodar sus complejas canciones al formato que un par de años después se

pondría de moda bajo el concepto de *unplugged*. Sí, fue el primer recital "desenchufado" de la historia, y fue del Flaco Spinetta en un barrio bohemio de Santiago de Nueva Extremadura.

Recorrió de esta manera sus hasta ese momento veinte años de discos y de gente, desde Almendra hasta el aún reluciente Téster. Así, tuvimos el privilegio de escuchar *El Marcapiel*, *Al ver verás* y *La bengala perdida* casi abrazados al Flaco, con su voz y su extraña guitarra copando el pequeño recinto. Fue una especie de misa y un rito casi secreto. El Flaco, que tiene un lado bastante payasesco, entre canción y canción levantaba su dedo índice y nos divertía jugando con su condición de gurú, mostrándose también bastante sorprendido por el hecho de que conocíamos y coreábamos casi todas sus canciones, al punto de que nos hizo una promesa:

- *Cuando venga con mi banda les voy a arrancar la cabeza.*

Hizo también unos interesantes cambios en las letras, como en la canción *Basta de pensar*, cuando tras la frase *Que todo sea como vos quieras*, agregó *"hasta por ahí nomás";* o en *Asilo en tu corazón*, cuando cambió *Por esa esquina que confluye hacia el sur* por *"Esa esquina que confluye en Ñuñoa"*. Mientras, con mi hermano, que también estaba en la mesa privilegiada, le tomábamos cada tanto fotos al Flaco. Le tomamos un rollo completo, rollo que a su vez fue copiado por un par de amigos. En poco tiempo terminé regalando casi todas las fotos, algunas de las cuales hoy andan dando vueltas por internet.

No recuerdo si fueron cinco o seis noches consecutivas las que tocó Spinetta en el Café del Cerro, o algo así, y pocos días después comenzaron a circular entre los "elegidos" los caséts con la grabación -al menos- de la primera presentación. Obviamente en mi caso lo obtuve del siempre eficiente Malinche (aunque algunos años después me lo robaron). El hecho es que con esa noche ya sentía que la vida tenía sentido y no necesitaba más. Pero la tarde de la última presentación, merodeando por los prados de la Facultad de Artes, un compañero de curso -el poeta, músico y spinettero Eduardo Leiva- me preguntó si quería acompañarlo esa noche a ver la última presentación del Flaco. Tras mi obvia respuesta, dijo que había cobrado la plata de una beca,

así es que él invitaba. Así fue que me repetí el plato, o más bien el banquete con el mejor juglar de este lado del mundo. No hubo gran diferencia con la noche inaugural, en realidad nadie quería diferencias en ese contexto, más bien queríamos que el tiempo se paralizase en un nirvana eterno, en un no tiempo. En mi caso, solo una anécdota: cuando todo terminó y las luces se apagaban, quedando el recinto vacío, partí al baño. Pero cuando iba por el pasillo, desde el fondo de este venía el Flaco Spinetta. Pasaba a mi lado cuando fue asaltado por un grupo de chicas pidiéndole autógrafos. Spinetta se detuvo, y ante el ameno acoso y mientras era rodeado por las ansiosas féminas, no le quedó otra que apoyarse en mí. Sí, firmó una decena de autógrafos apoyado en mi cuerpo, mirándome cada tanto con una sonrisa y una expresión de *"perdona pero estos son gajes del oficio"*. Bueno, a partir de ahí, y de manera algo arquetípica, nos dedicamos a esperar el regreso del mesías, el que, según sus propias palabras, volvería y nos arrancaría la cabeza.

XI UNA SUERTE DE TRÍPTICO

De vuelta de su excursión al lejano oeste, Spinetta inició la grabación de su siguiente disco. En sus palabras, quería distanciarse de la impronta intelectual del trabajo anterior apelando a una cierta *fantasmática*: *"el paso siguiente es lo transmigratorio, la no materia, lo que viene después del testéo"*, explicación muy críptica que no dice casi nada, pero de la que al menos se columbra algo: haría una obra muy distinta a la anterior. No le quedaba otra al Flaco, perfectamente consciente de que con TÉSTER DE VIOLENCIA había tocado techo una vez más. Y lo que vino después se llamó DON LUCERO (o *"don de iluminar"* según el propio Flaco en una entrevista) y salió en noviembre de ese 1989 ya mentado. Con una carátula dibujada por Spinetta en su computador, que viene a ser la versión pixelada del personaje de Almendra I, es, para mí, un álbum de exploración, de búsqueda, entonces sí, de transmigración, ¿hacia qué? yo creo que ni el Flaco lo sabía, ya que DON LUCERO no solo se diferencia de su predecesor, también es distinto de lo que vendría a continuación, aunque de otra manera forma un tríptico con los dos álbumes siguientes, o más bien un umbral que separa todo lo grande hecho en la década de los ochenta, respecto de los decisivos cambios que sobrevendrían a mediados de los noventa. Yo lo considero un álbum menor, a pesar de que siempre en la obra spinetteana hay canciones que dicen y mueven algo, canciones que acompañan y, en algún grado, conmueven, y si los estudiosos de su obra hablamos de mayor o menor calidad es siempre en términos comparativos y usando esa vara altísima creada por el propio Spinetta, quien señaló que en DON LUCERO compuso la música antes que las letras, todo lo contrario que en TÉSTER DE VIOLENCIA. Puestos a elegir, la canción *Fina ropa blanca* justifica por sí sola todo el álbum, y si de puntos altos hablamos, no se puede dejar de mencionar el videoclip hecho por Eduardo "Dylan" Martí para la canción *Es la medianoche*.

Así terminaron los recordados años ochenta. En 1990 Spinetta, aparte de dedicarlo a mostrar DON LUCERO, instaló en disquerías un disco en vivo, llamado EXACTAS, además de un recopilatorio llamado PIEL DE PIEL. Solo en 1991 se lanzó a construir un nuevo álbum hecho y derecho, disco cuya elaboración estuvo imbricada con el hecho de que iba a ser padre por cuarta vez, componiendo y grabando en su estudio casero, lo que explica el tono cariñoso y sutil de la mayoría de las canciones, así como su título PELUSÓN OF MILK. Lanzado en vinilo, caset y c.d., se aprecian variaciones en el contenido dependiendo del soporte elegido. Los tres, eso sí, comienzan con *Seguir viviendo sin tu amor*, un rotundo éxito en las radios, lo que nos obliga a observar que, durante el cruce de la década de los ochenta, Luis Alberto Spinetta pasó de ser privilegio de rockeros, jóvenes intelectuales y músicos, a figura reconocida y escuchada por un amplio espectro de público. En pocas palabras, el Flaco se salió con la suya al instalar en el gran teatro del mundo el arte, sin concesiones y al alcance de todos. En PELUSÓN OF MILK, Spinetta parece haber encontrado el sonido que buscaba, ya que se lo percibe sereno y seguro, alejado de estridencias y disonancias. Podemos asegurar que es un álbum bello, de un lirismo diáfano, muy pulido, y un reguero de bellas canciones, como *Ganges*, *La montaña* (recomiendo también el videoclip), *Hombre de lata* o *Domo tú*. Este también pudo haber sido el último álbum de Spinetta, ya que en diciembre, mientras tocaba en una plaza en La Plata, recibió un par de violentas descargas eléctricas que pudieron dejar la historia hasta aquí, pero el Flaco, una vez más, zafó.

Antes de emprender el trabajo para el álbum que cerraría esta trilogía, el Flaco cumplió lo que nos había prometido en el Café del Cerro tres años antes: en julio de 1992, tras las giras promocionales de PELUSÓN OF MILK, entre las que intercaló una versión orquestada de sus canciones para el programa Telemanías, de la televisión provincial cordobesa, dirigió nuevamente sus pisadas hacia el lejano oeste, levitó sobre la montaña y volvió a aparecer en las calles de Santiago de Nueva Extremadura. En lenguaje arquetípico, el mesías regresó, y venía dispuesto, si nos atenemos a su amenaza ya algo olvidada, a arrancarnos la cabeza, ya que ahora traía su anunciada banda. La cita fue una fría noche de julio en el Teatro California, en el corazón de Ñu-

ñoa; sí, esa misma Ñuñoa que el flaco había mencionado en el Café del Cerro modificando una frase de *Asilo en tu corazón*. Esta vez fueron más de dos horas y media, treinta canciones, y la sensación -corroborada permanentemente en los comentarios de YouTube- de que asistimos a uno de los mejores registros en vivo de Spinetta. Algunos, a ambos lados de Los Andes, sostienen que es el mejor de toda su carrera. En todo caso, fue un recital magnífico, que comenzó con la estremecedora *Dale gracias* y concluyó con *Seguir viviendo sin tu amor*, su último gran éxito hasta ese momento. La onda expansiva de Spinetta seguía creciendo por estos pagos, al punto de que el concierto fue transmitido por Radio Futuro y algunas de sus canciones siguieron apareciendo en el dial después. No pocos amigos míos lo escucharon así por primera vez y quedaron hechizados para siempre. Ahora, si somos sinceros, el Flaco no consiguió arrancarnos la cabeza. Por el contrario, nos la dejó incluso más firme y mejor atornillada que antes. Por ahí de nuevo le modificó la letra a un par de canciones, por ejemplo cuando en la segunda estrofa de *Entonces es como dar amor*, cambió "*Cansado de esperarte en un andén en Acassuso*", por "*Cansado de esperarte en un andén en Las Condes*". ¿Avisaba que su próxima aparición sería en Las Condes? Tal vez.

La siguiente aventura creativa de Spinetta no nació de él mismo, nació como una osada película en la mente del cineasta Pablo César, el que le pidió al Flaco hacer -si le parecía y no le quitaba mucho tiempo- una o dos canciones para este fin, o al menos cederle una ya hecha. El rodaje comenzó en octubre y Spinetta compuso un álbum completo, el que constituye, canción por canción, la banda de sonido de FUEGO GRIS, título tanto del álbum (que salió en 1993) como de la película (estrenada en 1994). La película es un largometraje sin diálogos, en el que las canciones van acompañando el periplo de la protagonista, una muchacha agobiada por la tensión y violencia inherentes a la vida urbana, situación que se transforma en verdadera pesadilla infernal cuando cae por un hoyo al más puro estilo *Alice in Wonderland*. La puesta en escena es extraordinaria, con efectos y escenografías claustrofóbicas y escatológicas que no dan tregua (gran mérito este, ya que FUEGO GRIS es una obra anterior a los trampantojos computacionales), haciendo por momentos recordar al gran maestro Fellini o las escenas infernales des-

criptas en la celebérrima *Commedia* de Dante. Es una película que hay que ver, y el álbum es un disco que hay que escuchar, al punto de que dan ganas de estirar el "gran ciclo spinetteano" hasta FUEGO GRIS, con su tensión contenida bajo un manto de placidez, siendo, al igual que su antecesor, otro reguero de bellas canciones, las que musicalmente acarician, pero algunas de cuyas letras hieren (dos canciones son, de hecho, reciclajes de los días entre PESCADO y ARTAUD). Esta dicotomía queda resuelta al ver la película, ya que la violencia visual y la delicadeza musical resultan unificadas por las letras, las que serpentean entre ambos polos.

XII EL HIJO DEL HOMBRE

Sucede habitualmente que al enganchar nuestro carro a una estrella, es decir, cuando nos aferramos como seguidores, admiradores, lectores o estudiosos a la obra de un artista o figura excepcional, caigamos en la embriaguez de las grandes profundidades de su obra, y olvidemos que ese creador es también un ser humano muy parecido a nosotros, un humano que siente frío, miedo, inseguridad. Un humano que duda, que se arrepiente y se equivoca, que va al baño y tropieza, que ríe a carcajadas y también llora. Con respecto a Spinetta, ya dio muestras de su normalidad al incluir en un álbum excepcional una pseudocanción apenas soportable pergeñada por un grupo de niños. Para acentuar la condición humana de Luis Alberto Spinetta podemos agregar que fumaba un cigarro tras otro, era futbolero y además muy bueno, buenísimo, contando chistes. Ya aclarada entonces su condición de humano, demasiado humano, no sorprende que a mediados de la década de los noventa que nos ocupa, se haya divorciado de Patricia Salazar, la madre de sus cuatro hijos, y haya iniciado un romance con una joven y turgente modelo varios años menor, relación que duraría lo poco que le quedaba al siglo.

Esto, en lo que no tendríamos que inmiscuirnos, importa sí porque explica en buena parte el paso siguiente del Spinetta artista. Y ese paso fue un retorno a un rock más crudo y juvenil, obvio, si el tema juventud se le había atravesado en el camino al Flaco. Dejemos que lo explique él mismo: *"Vuelve a florecer el guitarrista que sube el volumen y todo eso...30 títulos sin metrónomo ni cosas midi, ni sincronismos ni máquinas de ritmo...es como volver a sentir el poder de la huella que dejamos en los instrumentos y el sudor en los instrumentos. No el pensamiento de la manipulación de las máquinas, que también es un sudor pero es un sudor más seco"*. Entendido, entonces, basta de espacios sonoros copados por sintetizadores y volvamos a los instrumentos. Y así lo hizo, convocó a un par de músicos también algo más jóvenes y los bautizó como "Los Socios del Desierto", con los que desde noviembre de

1994 se lanzaron a tocar en muchos lados. Uno de esos lados fue, en agosto de 1995, Santiago de Chile, sí, y tal como había profetizado dos años antes en el Teatro California, lo haría en un gimnasio que hoy ya no existe y que se llamaba Santa Rosa de Las Condes, en las inmediaciones de donde hoy se alza la Gran Torre de Santiago.

Era una obscura y fría noche aquel 24 de agosto en Santiago, una noche en la que el destello de los automóviles se sumaba al brillo de nuestras expectativas. La gran cantidad de gente agolpada afuera del recinto demostraba que Spinetta había dejado de ser un misterio para los santiaguinos y había pasado a ser una tangible realidad, casi una necesidad, con una obra digerida, esperada y venerada. Más aun, el recital sería transmitido por televisión. El amplio espectro de edades de los asistentes confirmaba todo esto. Ya en el escenario, Spinetta, ahora de cuarenta y cinco años, con el cabello corto teñido de naranja y una bufanda roja que le confería un aire de *petit prince*, asumió la primera guitarra y la tocó con un ímpetu y contundencia que no le veíamos desde los días de EL JARDÍN DE LOS PRESENTES. A ratos parecía querer invocar el espíritu de Jimmy Hendrix. Así las cosas, el recital de este poderoso trío fue un mazazo, ya desde la tercera canción, esa joya de Pescado Rabioso que comienza diciendo *Vos no me dejaste, nena*. Al cabo de una hora y media de mazazos similares y tras cerrar con una espeluznante versión de *Ana no Duerme*, tuvimos que admitir que sí, esta vez sí que Spinetta nos arrancó las cabezas y las echó a rodar por la Costanera. Yo tardé varios años en recuperar la mía, y además cometí uno de los errores más grandes de mi vida: nunca más fui a un concierto de Luis Alberto Spinetta.

Esta presentación en el gimnasio Santa Rosa de Las Condes fue un paréntesis durante la grabación del primer álbum de Los Socios del Desierto, grabaciones que habían comenzado ese mismo agosto y que concluirían en noviembre. Sin embargo, el disco tardó una enormidad en salir a la venta y lo haría recién en 1997. En todo caso el amplio espacio de tiempo sirvió para generar mayor expectativa. En una presentación en el barrio de Palermo en marzo de 1996 se calculó la asistencia en 100.000 personas, y a principios de 1997 repitió la gracia en la Plaza de las Naciones Unidas, Recoleta. Con respecto a los problemas con las discográficas que retardaban la salida del

disco, Spinetta se explayó: *"Mi vida creativa y la llama rebelde y artística que siempre me guió no sufrirá merma alguna de no publicarse éste, mi último trabajo. Tarde o temprano algún sello reclamará mi obra y aceptará mis exigencias. Eso me fortalece. Quizá mis discos se hayan vendido de a poco, y sin un boom de ventas, pero han vendido constantemente desde siempre, hasta convertirse en material de catálogo o colección..."*. La tenía clara el Flaco, no tenía por qué ceder. Parafraseando al Pelusa Maradona, podríamos agregar que "El Arte no se mancha".

Finalmente un sello reclamó la obra y aceptó las exigencias del artista. Era abril de 1997 cuando pudimos ver en las estanterías el álbum doble titulado, cómo no, SPINETTA Y LOS SOCIOS DEL DESIERTO. 33 canciones que comienzan con toda la anunciada fuerza -podríamos reiterar "juvenil"- de *Cheques,* canción hecha a la medida del público. Afortunadamente, a partir de la segunda canción ya tenemos al Spinetta de siempre, ya que ahí están la lírica, la poesía, la delicadeza, la altura de miras, la ternura y ese eterno apuntar hacia lo infinito que siempre lo caracterizó. A pesar de la buscada pureza rockera y de la presencia dominante de las guitarras, a ratos parece ser la obvia continuación de Fuego Gris; tampoco faltan los samplers y más de algún guiño lúdico. Pero en todo caso, si el Flaco pretendió rejuvenecer haciendo un álbum potente, lo consiguió, y si quiso dejar su huella profundamente marcada en el barro del último lustro del siglo, con sus socios del desierto lo consiguió, una vez más.

En julio de ese año, tocó nuevamente en Santiago de Chile, esta vez en el Teatro "Monumental" (nombre que tuvo entre 1993 y 2004 el clásico Teatro Caupolicán del barrio San Diego), presentación que también fue transmitida por radio. Ahí está en YouTube para deleitarse, desde las primeras palabras *("Quiero dedicar este concierto, especialmente, a todos los músicos de Chile")*, y a todo lo largo de las dieciocho canciones, comenzando con una destemplada y maravillosa versión de *Ana no Duerme*, en la que deja en evidencia su reenamoramiento de la guitarra eléctrica y de que trataba desesperadamente de devolverse en el tiempo a los días de Pescado Rabioso, imposibilidad que a ratos conseguía, como en la canción *Bosnia*, otra cima del recital. El concierto en principio se parece al del 95, de hecho aquí volvió a invocar -

y con mayor éxito- a Jimmy Hendrix, pero acá se lo nota más suelto al Flaco, menos neuróticamente preocupado de los detalles, más libre, al punto de que tras una pausa con *Jardín de gente*, y luego del intermezzo de *Las olas*, se mandó una seguidilla antológica con *La luz te fue*, *Cheques*, *Me gusta ese tajo, Rutas argentinas* y *Despiértate nena*. Después, un descanso pero sin bajar con *Los libros de la buena memoria*, para cerrar con *Sucia estrella*, un rockanroll a lo Led Zeppelin. No sé si alguna vez Spinetta había regalado al público tan explosiva secuencia de canciones, un verdadero sueño para su público más rockero, el que -literalmente-rugía de placer, o tal vez lo estoy idealizando porque no estuve ahí, pero lo cierto es que ese recital fue una maldita y recondenada fiesta ¡¿por qué mierda no estuve ahí?! Hay preguntas sin respuesta...

Tras la catarsis del recital en el Teatro Monumental/Caupolicán, a fin de mes hizo acto de presencia en la Carpa Blanca que los profesores instalaron durante dos años y ocho meses frente al Congreso, en el centro de Buenos Aires, como parte de su lucha frontal contra los recortes presupuestarios en educación, perpetrados durante el segundo mandato del presidente Carlos Menem. Ahí mismo Spinetta interpretó dos canciones a modo de declarado apoyo a las movilizaciones, solidaridad que reforzaría en diciembre al participar del festival que con el mismo motivo se organizó en el lugar junto a otras bandas. Esta segunda vez, abrió su presentación con estas sentidas palabras: *"Esta fiesta que hemos armado para tocar para ustedes y que ustedes estén recibiendo esto, es para la carpa docente que lucha por los derechos de los maestros de la República Argentina para que siempre haya una escuela pública posta. Gracias de todo corazón, y los llevo en el mío, gracias"*. Y lo dijo vestido con el característico delantal blanco de los profesores.

Los Socios del Desierto instalarían luego dos álbumes en vivo en disquerías. El primero fue el a esas alturas inevitable *MTV Unplugged*, grabado en Miami, U.S.A., que salió a la venta en octubre de 1997 con el título de ESTRELICIA, en el que, obviamente, el Flaco, siempre en la búsqueda del camino menos trillado, se las ingenió para romper un poco el molde de lo que MTV venía haciendo en estos casos, haciendo una presentación mucho más larga que los otros artistas, y además no se limitó a sus canciones más cono-

cidas, presentando varias inéditas. El segundo de estos discos, producto de varias presentaciones consecutivas en la Sala Pablo Picasso del Paseo La Plaza, en Buenos Aires, salió en octubre de 1998 y se llamó SAN CRISTÓFORO.

En realidad, toda esta larga serie de recitales muy rockeros constituyó un largo y estridente epílogo, ya que el siguiente álbum de estudio que realizó con sus jóvenes socios del desierto -ya en la orilla del siglo- fue algo muy distinto, y constituyó un retomar la senda, o más bien las sendas por las que transitaba su evolución artística desde los años ochenta en adelante, antes del "rejuvenecimiento" de mediados de los noventa. Así, quien escuche hoy LOS OJOS, lanzado en diciembre de 1999, percibirá que lo que aconteció después de FUEGO GRIS y hasta SAN CRISTÓFORO, fue una borrachera feliz en la que, entre los fantasmas invocados (Pescado Rabioso, Jimmy Hendrix, Led Zeppelin...), las guitarras rutilantes y los amplificadores a punto de estallar, no solo el Flaco lo pasó bárbaro, ya que los más jóvenes pudieron beber algo de esa pócima cada día más antigua y desvirtuada llamada rock.

No está de más señalar que LOS OJOS está signado por el hecho de que el Flaco volvía a estar -como diría Don Francisco- soltero y sin compromiso, por lo tanto es un disco atravesado por esa agridulce readaptación a ser un hombre solo pero libre, o libre pero solo, en fin, mejor no entremos en temas tan poliédricos. La cosa es que el álbum de marras, a pesar de que los socios ahí están todavía, exuda melancolía y recogimiento, un poco entre la languidez de LA LA LA y la concisión de FUEGO GRIS. También recuerda un poco al álbum gringo (ONLY LOVE...). En resumen, ahí está el Spinetta post juventud -ya alcanza las 49 vueltas alrededor del sol- haciendo gala de esa intensidad contenida y tan bien sublimada, de vuelta a esa energía "yin" de muchacho que no solo quiere ser escuchado sino también abrazado, porque el Flaco fue siempre un sentimental con el corazón a flor de piel, un genio cálido y buena onda, sonriente y trascendental.

XIII CAMBALACHE SIGLO XXI

Y así se nos fue el siglo XX, problemático y febril, el siglo del surrealismo, la bomba atómica y el rock. Spinetta, siempre muy ordenado, licenció ahora sí a sus desérticos socios y se aprestó a enfrentar el tercer milenio como Spinetta y nada más. SÍLVER SORGO, nombre que alude a una especie de moneda de plata imaginaria en un mundo imaginario, es entonces su primera obra del siglo XXI, pero hay que entroncarlo con el anterior, ya dije por qué, y así ya comienza la recta final del genio, el políptico en seis partes con el que, con más de medio siglo a cuestas, se fue, poco a poco y lentamente, apagando. Es así, pero mejor no adelantarnos, ya que aún tenía una década entera por delante, y mejor disfrutar de este álbum en el que el Flaco ya se ha liberado de imperativos extra artísticos (rejuvenecimiento, éxtasis, desamor) y nos ofrece un disco que vuelve a acariciar nuestros oídos y nuestras almas, deslizándose con toques jazzísticos, texturas sensuales, interesantes videoclips e inclusive permitiéndole la entrada al azar y el error, como en la canción *Tonta luz*, la que además cuenta con una versión extendida para su excelente videoclip, hecho con la técnica de *stop motion*. También, aunque en otro estilo, recomiendo el videoclip de *El enemigo*, canción que Spinetta definió como una especie de *Solo le pido a Dios* (de León Gieco), pero al revés, aunque yo todavía no consigo descifrar porqué. En este disco trabajó un grupo numeroso de gente, y en las entrevistas promocionales, a pesar de los años, Spinetta reitera el influjo de Carlos Castaneda. El disco tendría que haber sido presentado en público el día 21 de diciembre, pero el estallido social que concluyó con la renuncia del presidente Fernando de la Rúa obligó a posponer el concierto para el día 29. El nuevo milenio comenzaba en llamas, demostrando que los números y las fechas no pasan de una convención, o sea un invento, ya que el mundo, como advirtió Enrique Santos Discépolo en 1934, "*fue y será una porquería,...en el 506 y en el 2000 también*".

La gira promocional de SÍLVER SORGO le ocupó todo el 2002 e incluyó una actuación muy poco documentada en Quito, Ecuador. En junio hizo una presentación en el bar Puerto Habana, en Toulouse, Francia, desde donde cruzó los Pirineos para hacer sus primeras presentaciones en España, y en agosto incluyó una nueva venida a Chile, la que esta vez no se limitó a Santiago (23 de agosto, Teatro Oriente), ya que también tocó en el Polideportivo de Sausalito, Viña del Mar (25 de agosto), en ambos casos acompañado en el escenario por Claudio Cardone. Según los datos encontrados en internet, el 26 de ese mismo agosto se daba el gusto de tocar por primera vez en el mismísimo Teatro Colón de Buenos Aires. De ser así, después del concierto en Viña, Spinetta y Cardone regresaron a Santiago, tomaron el avión de inmediato y al otro día estaban en el Colón. Puede ser, si consideramos que el avión entre Santiago y Buenos Aires tarda solo una hora y cuarto. Aunque por ahí leí que el concierto en el Colón fue el día 27, lo que facilitaría las cosas. Y como el Flaco parecía empecinado en ampliar su refinado imperio, en septiembre también se presentaría en Sucre, Bolivia. Estaba imparable el muchacho.

El año 2003 lo dedicó a su siguiente álbum, el que salió en el mes de julio bajo el bello título de PARA LOS ÁRBOLES, nombre que al parecer parafrasea a "Para los Pájaros", título del libro-entrevista al músico y artista visual norteamericano John Cage, pionero de la música experimental. Spinetta definió esta obra como una *"reflexión acerca de la naturaleza y las emociones que despierta, y nuestro vínculo con eso"*. Está dedicado a María Epumer, joven música amiga del Flaco recientemente fallecida con solo treinta y nueve años de edad. Es un disco característico de este último ciclo de Spinetta, es decir tiene de todo un poco, también buenas letras y una delicada carátula, y se deja escuchar con placidez, pero -característica también de esta etapa- carece de la intensidad que le exigimos a los músicos (y artistas en general) "peso-pesados", los que nunca descarrilan fuera del camino de la calidad, pero, digámoslo sin miedo, llegan a un momento en que solo producen más de lo mismo. Aunque, ojo, este "más de lo mismo" sigue captando nuevos seguidores, oyentes que no miden la obra con la vara ultra exigente de los viejos fans; público joven y desprejuiciado que disfruta estos últimos discos

como lo que a fin de cuentas son: música nueva y de calidad. Hay un dejo tecno que recorre todo el álbum, también un toque funk, e inclusive una especie de blues, por supuesto con el sello siempre diferenciador del Flaco. Otra característica de este ciclo es que en cada álbum hizo por lo menos un par de buenos videoclips. En este caso la canción elegida fue *Agua de la miseria*, para la que se rodó un verdadero corto (o mini) metraje. Personalmente, me quedo con la última canción, *Tu cuerpo mediodía*, la que con su guitarra distorsionada y su poética minimalista no desentonaría para nada en algún álbum de los días más gloriosos. Y digo gloriosos en lo que respecta a lo netamente artístico, ya que el Spinetta hombre venía siendo transformado desde hacía un tiempo en prócer, en carne de estatua y en artista en proceso de institucionalización. De hecho, después de presentarse por segunda vez en España, cerró el 2003 tocando nuevamente en el Teatro Colón.

El 28 y 29 de abril del 2004 Spinetta se presentó en el Teatro Teletón de Santiago de Chile, y el primero de mayo haría lo propio en el Teatro Municipal de Viña del Mar, en donde se molestó mucho con el hecho de que la gente lo grabase con sus teléfonos (le costó aceptar al Flaco que ahora la cosa es así). En esta mini gira tocó nuevamente acompañado por Claudio Cardone. En octubre saldría a la luz su nuevo álbum, un e.p. de cuatro canciones bautizado CAMALOTUS, seguramente por los camalotes, plantas flotantes originarias de América y abundantes en el Río de la Plata, aunque hoy ya repartidas por el mundo. Comienza con la bailable y funk *Buenos Aires Alma de Piedra*, y continúa con *Crisantemo*, compuesta por el Flaco para el documental Flores de Septiembre, sobre la represión durante la Dictadura en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini, de la Universidad de Buenos Aires. La canción abre y cierra el documental. Después sigue con *Nelly, no mientas*, para cerrar con una nueva -y muy buena- versión de *Agua de la miseria*, del álbum anterior. Ese mismo octubre lo cerró presentándose por primera vez en Bogotá, Colombia, el 30 en un pequeño boliche y el 31 en el festival Rock al Parque.

A principios del 2005 salió una nueva y muy apetecible edición de CAMALOTUS, ya que venía con un dvd que compilaba siete videoclips: *Correr frente a ti*, *Buenos Aires alma de piedra*, *Agua de la miseria*, *El enemigo*, dos

versiones de *Tonta luz* y un frenético registro en vivo de *Ana no duerme*. Poco después de la puesta en vitrinas de esta joya hoy inencontrable, al Flaco lo invitaron a dar un concierto en una vitrina muy particular: la Casa Rosada, el palacio de gobierno argentino, siendo presidente Néstor Kirchner. Cabe aclarar que estos recitales se hacen (¿o hacían?) periódicamente, y es larga la lista de quienes han tocado ahí. El concierto tuvo, dado el contexto, un tono mesurado y solemne, y el Flaco estaba algo nervioso al principio cuando dijo *"espero que algunas esquirlas de belleza impregnen este salón"*. Dedicó *Barro tal vez* a Pappo, y tras interpretar *Pequeño ángel* vino la ceremonia de rigor, en la que no estuvo el presidente pero sí su jefe de gabinete, Alberto Fernández (sería también presidente catorce años después), el que le entregó la consabida estatuilla de estos casos, a la que el Flaco se refirió diciendo:

- *No es un Óscar, es un Néstor*.

Para a continuación interpretar *Nueva luna, mundo arjo*, en la que se pregunta *¿y por qué toda la poesía y toda la vida no se juntan?*.

En marzo del 2006 saldría su penúltimo álbum, llamado PAN. Claramente Spinetta se encaminaba hacia la simpleza, la simpleza final. Además de las connotaciones religiosas del nombre, que aluden indiscutiblemente a la Última Cena, Neruda alguna vez dijo que no hay nada más parecido a la poesía que un pan. Pero ojo que también hubo en el pasado un importante dios llamado Pan, un dios músico y mujeriego. En fin, mejor que lo explique el Flaco, quien en una entrevista en Montevideo, después de decir que buscó hacer algo *"muy llano y muy simple"* lo contrapone a sus recientes PARA LOS ÁRBOLES y CAMALOTUS argumentando que PAN *"Es un disco donde quizás hay un intento más real, más realista, de enfocar más la mirada de las vicisitudes humanas, con el amor; me volví a enamorar, hice 'La flor de Santo Tomé', un tema dedicado a mi novia. Después hay temas directamente con raptos de anarquía, como ser... me pregunto cosas, cierto... me interrogo quizás, y eso lo hace diferente a los trabajos anteriores. Temáticamente hay un resumen de ideas, podría decir un resumen ideológico porque son las ideas que he tenido siempre..."*

Además de contarnos de paso que ya no está tan solo (no lo estaba desde el 2003 y la afortunada era una joven santafesina), el párrafo citado es una clásica lectura spinetteana de su propia obra, vale decir un texto que hila tan fino que al oyente le cuesta estar de acuerdo antes de escuchar varias veces el disco así "explicado", lo que de ninguna manera garantiza concordancia con el maestro, ya que el actor sobre el escenario y el espectador en su palco nunca verán lo mismo. Pero la música hay que escucharla; y sí, a pesar de la autolectura del Flaco, la única que puede describir las entrañas de su música, PAN es solo un eslabón más en el políptico final de su enorme obra, una versión *llana y simple* de las ideas que ha tenido siempre, una embarcación de menor calado navegando por el río de la vida, desde cuya cubierta ya se vislumbra, en la lejana bruma, algo que parece ser el mar. En la segunda mitad del disco aparecen las únicas turbulencias en este plácido viaje definitivo: *Cabecita calesita*, clásica "canción de poeta" que podría figurar en alguna antología, *Atado a tu frontera*, plena de polenta spinettera, y *Preconición*, la que, siguiendo la tradición del Spinetta siglo XXI contó con su videoclip de rigor.

En julio del 2006 Spinetta hizo una mini gira por Chile que además de los consabidos Santiago y Valparaíso, esta vez se movió un poco más al sur, incluyendo Talca y Concepción.

En octubre, un violento accidente de tránsito de un bus del colegio donde estudiaba la hija menor de Spinetta terminó con varias víctimas fatales. Aunque la hija del Flaco no estuvo en el accidente, Spinetta se vio muy afectado, al punto de que se involucró decididamente con la fundación creada a partir de ahí, "Conduciendo a Conciencia", para la que, junto con León Gieco, compusieron la canción *"8 de octubre"*.

Ese mismo octubre Spinetta se presentaría por tercera y última vez en el Teatro Colón, esta vez sí en plan sinfónico con orquesta y todo, interpretando apoteósicas versiones para *Águila de trueno, El anillo del capitán Beto* y otras once canciones hasta terminar ovacionado con *A Starosta, el idiota*. Hacer un concierto en un recinto consagrado a las bellas artes y con una orquesta sinfónica debe ser un anhelo o sueño habitualmente imposible en los

músicos cuando ya empiezan a pintar canas, y el Flaco, en ese sentido, conquistó un territorio más para su imperio artístico, pero dijo - a diferencia de su apronte orquestal para la televisión hace más de una década- no haber quedado conforme con el resultado. Sin embargo ahí está y el paso fue dado, sin vuelta, como otra aventura del hiperquinético Luis, además de que, como todo lo de Spinetta desde hacía ya tiempo, a la gente le gustó y exige por las redes un disco oficial en las tiendas, el que hasta ahora no existe. En ese concierto, como era su norma, el Flaco habló bastante, y dijo -como tantas veces- algo para no olvidar, algo más o menos así: en medio de la debacle de tantas cosas, la existencia de un lugar como el Teatro Colón es un milagro, sin embargo el teatrito de la esquina también, así como las escuelas, los hospitales y el transporte público, y remató con un *"¡Todo es un milagro!"*. Para tenerlo siempre en cuenta ¿no?

Irreversiblemente el Flaco, sin cumplir aún los sesenta, estaba en franco proceso de endiosamiento, algo a lo que trataba de oponerse paseándose relajadamente de la mano de su chica por el centro de Santo Tomé o por la orilla del río, ahí cerquita. Aquel suburbio de la ciudad de Santa Fe, de esta manera pasó a ser su último refugio para defenderse, dentro de lo posible, de las luces y el acoso inevitable de la fama mientras trabajaba para su próxima entrega, la que estuvo disponible en junio del 2008 ¿sabía que sería la última? Consciente o subconscientemente, la idea del fin seguramente lo rondaba, recordemos que fumaba como carretonero, lo incomodaban unos cuantos achaques y solo con observarlo en videos de esos días queda claro que ya estaba en otra etapa, si por algo eligió para título de su nuevo álbum quizás el más certero posible. Lo llamó UN MAÑANA, certero, optimista y bello. Spinetta.

Además, es un álbum en el que todo es impecable, pleno de sutilezas, sin prisas, aunque también sin cimas ni profundidades. De toda esta zaga final, aquella que comenzó con LOS OJOS en 1999, me la juego apostando porque este es el mejor de todos, ya que aquí, me parece, encontró el equilibrio que venía buscando, álbum tras álbum, durante la última década desde que se separó de sus Socios del Desierto. Comienza con *La mendiga*, en un contenido crescendo que llega a su primer clímax (y probablemente de todo el ál-

bum) con *Tu vuelo al fin*, canción vital y brillante que nos atraviesa y nos eleva. Pero estamos recién en la canción cuatro, de doce. En el centro del disco viene el impecable instrumental que da título al álbum, y a continuación una trilogía que cala hondo, con *Mi elemento* (tiene videoclip), *Hombre de luz*, con letra del padre del Flaco (por esos días enfermo y postrado) y *Preso ventanilla*, canción rebosante de energía (también con videoclip), para cerrar con *Despierta en la brisa* y *Para soñar*, esta última con final conceptual. Y fue el final, así nomás, entre guitarras impecables y letras a la altura de siempre, ya que nunca, nunca, a diferencia de sus vaivenes y búsquedas musicales, Spinetta dejó de interpelarnos con sus letras desde el más puro y bien intencionado "esencialismo" ¿de qué otra manera llamarle a esa incesante búsqueda de lo positivo y lo verdadero, ese aferrarse a la lucidez?. Por eso lo amamos, por esa búsqueda incansable de conocimiento, redención y -finalmente- iluminación, sin detener jamás, jamás, su marcha.

XIV TODOS ESTOS AÑOS

En noviembre del 2008 hizo sus dos únicos conciertos oficiales en México (solo había tocado la guitarra en un show de la banda de su hijo mayor en 1998), para luego ingresar al 2009 algo atravesado de nostalgia (sentimiento común a los a los 59, lo estoy comprobando). Al Flaco le rondaba en la cabeza reunir a algunos de sus viejos socios, aunque cuando le preguntaban mentía diciendo que no estaba ni ahí con la idea. Pero la verdad es que quería verlos a todos ¿Almendra? ¿Pescado Rabioso? ¿Jade?. Indeciso, Spinetta no pudo dejar de ser Spinetta y los convocó, por supuesto, a todos. Sí, se mandó la más colosal retrospectiva que músico alguno haya hecho alguna vez. Tocó canciones de todos sus álbumes (saltándose, más vale, el álbum gringo), y para hacerlo más spinetteano, es decir más complicado, para cada canción subiría al escenario -dentro de lo posible- la misma alineación del disco original. Esta maravillosa monstruosidad fue el 9 de diciembre del 2009 en el estadio José Amalfitani, del club Vélez Sarsfield, en el barrio de Liniers, obviamente Buenos Aires, y ante los ojos, los oídos y el corazón de 40.000 afortunados. Pudieron estar casi todos los compañeros de ruta del Flaco, incluido el cáustico Charly García (aunque esta vez muy comportadito), pero también se sumaron otros amigos menos antiguos del (auto)homenajeado, como Gustavo Cerati, Juanse Gutiérrez (Ratones Paranoicos) y Ricardo Mollo (Sumo, Divididos). Fueron más de cinco horas de este mega recital bautizado con el megalómano aunque plenamente justificado nombre de SPINETTA Y LAS BANDAS ETERNAS. Todos quedaron felices, y el Flaco más que nadie, ya que, como admitió en entrevistas posteriores, en más de un momento de tamaña maratón musical no se la pudo con los solos de guitarra o con alcanzar algún tono al cantar, y se anduvo cagando de susto (sufrió, realmente, con *Niño condenado*). Pero más allá de detalles humanos, fue, desde una mirada historicista, la primera misa oficial -tras años de subterráneas catacumbas y secretas misas en cafés junto a los

cerros- de la Gran Religión Spinetta, con todos sus numerosos apóstoles sobre el escenario (¿cuál será Judas?). El disco de rigor tardaría un año en salir.

El 23 de enero del 2010 Luis cumplió sesenta años. Todo un umbral en el que ya no hay manera ni retruécano conceptual o psicológico eficiente para autodenominarse "joven". Se es, rotundamente, viejo, sin apelación. En el caso de nuestro héroe, hay registros de sobra para ser testigos de esto. Ya no está la luz de esa mirada que parecía atravesar el sistema solar, esos ojos obscuros y penetrantes de niño malcriado. Por el contrario, al músico-poeta se lo percibe cansado, inclusive trasunta cierta inseguridad. Por otra parte, a Spinetta, cultor, aunque con matices, del arte por el arte, desde hacía ya algunos años que el mundo y sus bemoles lo venían inquietando. Evidentemente, el arte ya no lo defendía tan infaliblemente de todos los males de este mundo de mierda, y, claramente, el Flaco sufría, como tantos, ante la debacle general. No es extraño entonces que cada día estuviese más accesible para colaboraciones, cual Mercedes Sosa del rock (con la que, por supuesto, ya había grabado *Barro tal vez*, el año anterior). De entre estas colaboraciones, cabe destacar la que hizo para la Casa de la Cultura de la Calle, "CACUCA", la que consistió en poner la música para la canción *Mañana despertar*, muy en onda John Lennon, cuya letra fue escrita por un adolescente alumno de los talleres de esta organización benéfica.

En junio tocó en New York, y a fin de año estuvo ya en tiendas el registro del mega recital de las "Bandas Eternas" del año anterior, el que, obviamente y para estar a la altura, traía no solo el audio del concierto, ya que incluía dvd, libro y fotos. Es un deleite total, que comienza con canciones de su último álbum (el Flaco siempre al revés), sobresaliendo, para mi gusto, los momentos de Pescado Rabioso, que por algo fueron los que tocaron un rato más largo. No faltaron tampoco los homenajes del Flaco a los que podríamos llamar sus "hermanos fundadores", interpretando *Mariposas de madera*, de Miguel Abuelo, *El rey lloró*, de Litto Nebbia, *¿A dónde está la libertad?*, de Pappo y Morís, y *Amor de Primavera*, de Ramsés VII y Hernán Pujó. Yo lloré con *Alma de diamante*, *Té para tres* y *Bajan*, y me auto reprimí un par de veces más. Con *Color humano*, de Almendra, no me quedó célula sin estre-

mecerse. El recital terminó con *No te alejes tanto de mí*, y sospecho que cuando se relate ese concierto dentro de mil años, se dirá que, como una nube de fuego, la gloria de Dios levitaba esa noche sobre el estadio de Vélez.

Coincidiendo con la salida de este valioso material, el Flaco viajaba una vez más a Santiago de Chile y se presentaba el 11 de diciembre como parte del festival "El Abrazo 2010", en el céntrico Parque O'higgins. Era de día aún cuando le correspondió actuar después de la improvisada dupla entre Joe Vasconcellos y el "Bahiano" (de Los Pericos). Comenzó sorprendiendo con el temazo *Milonga blues*, de su admirado Hugo Fattoruso, para a continuación ser ovacionado desde el primer acorde de *Durazno sangrando*. En estas dos primeras canciones lo acompañó en los coros su hija menor. Antes de comenzar la tercera canción dijo: *"Bueno, alguien que tranquilamente estaría acá de no ser por el momento difícil que está pasando...este tema...un tributo a Gustavito Cerati"*. Y cantó la emotiva *Té para tres,* e hizo cantarla al público, entre el que había varias pancartas alusivas al muy querido Gustavo Cerati, quien ya llevaba siete meses en estado de coma. Después vino *8 de octubre*, y a continuación la potente *La luz te fue,* la que dedicó *"a los mineros chilenos, con todo mi corazón..."* aludiendo a los 33 mineros que en octubre habían sido rescatados después de más de dos meses atrapados a 720 metros de profundidad. Luego vino el turno de la esplendorosa *Tu vuelo al fin*, y al momento de cerrar pidió al público cantar con él *Seguir viviendo sin tu amor*, pero se equivocó al principio, al comenzar con la segunda estrofa; siempre vivaz, supo zafar con humor y durante la canción se divirtió repitiendo esa misma estrofa varias veces. Era esa que dice *¿Y si acaso no brillara el sol?...*, y, en efecto, ya caía la noche. ¿Fue algo subconsciente? yo diría que sí, más aún tomando en cuenta que la letra después dice *Y quedara yo atrapado aquí...* lo que conecta con el hecho de que el Flaco cantó las siete canciones de su presentación sentado en una silla. En fin, todo esto se me ocurrió recién. Al final Spinetta se puso de pie y se despidió así: *"Hasta pronto, viva Argentina, viva Chile y viva Sudamérica, Latinoamérica, el mundo, Arabia, todos, chao"*.

XV EL RÍO

Y así arribamos al 2011, el último año que el Flaco pudo habitar de principio a fin. Seguía tocando en distintos lugares y geografías, pero cuando estaba en casa llamaba a su entrañable amigo y ex compañero en Almendra Rodolfo García, este llamaba a un tercero y tocaban un rato bajo el improvisado nombre de "Los Amigo" [sic].

En mayo dio un concierto en Bahía Blanca, la ciudad portuaria allá en los confines del sur de la provincia de Buenos Aires. Ese fue al parecer su último concierto en la Argentina. En junio vino a Santiago y se presentó dos días (el 13 y el 14), en el Teatro Providencia, viejo recinto que nació en 1949 como Teatro Marconi y que hoy lleva el nombre de alguna marca de algo. Vino nuevamente con su hija Vera, la menor, de 19 años en ese momento y hoy actriz, la que desde hacía un tiempo lo acompañaba a todos lados. Sentado en una silla, tuvo nuevamente palabras para Gustavo Cerati, quien ya sumaba un año y un mes en coma. Fue este, nada menos, el último concierto del más grande de los grandes, el Flaco Spinetta. Y fue en ese viejo teatro construido por un italiano en los años cuarenta en la calle Manuel Montt, en pleno barrio de Providencia. Fueron dieciséis canciones, desde *Despierta en la brisa* y *Atado a tu frontera*, hasta cerrar con *Té para tres* (de Cerati) y -por supuesto- *Tu vuelo al fin*.

De regreso en Buenos Aires y en algún momento de la primavera grabó *Laura va,* canción de los ya lejanos días de Almendra, junto a Amelia Baltar, en ese momento de 71 años de edad. Aplaudida en escenarios de todo el mundo, "Amelita" en 1968 había puesto la voz femenina en la "operita" María de Buenos Aires, de Ástor Piazzolla y Horacio Ferrer. Esta fue la última colaboración del Flaco, para el que fue un momento de felicidad y de gloria, quizás el último, ya que a fines de ese 2011 debería comenzar a enfrentar, ya sin paliativos de ninguna clase, el inevitable y complejo final, tierra derecha en la que entraría para los días de Navidad, cuando en la prensa se publicó

una alusión directa a su delicado estado. El Flaco, en otra demostración de que era un hombre normal, reaccionó indignado. Esta es una secuencia repetida: un medio de prensa se refiere al grave estado de salud de un famoso, este reacciona negando tal situación (Spinetta publicó de inmediato un texto en el que llega a decir *"me encuentro muy bien"*), pero al cabo de poco tiempo se demuestra que todo era verdad. Da para pensar.

No cabe duda de que la muerte, en tanto despedida sin arrepentimiento posible, es el momento puntual más importante en la vida, ya que del nacimiento -su contraparte- no tenemos consciencia, y como despedida definitiva debe entrañar una tristeza sin límites. Aunque hay gente que se la banca bastante bien, en paz. El Flaco, al parecer, fluctuó entre la desazón y la aceptación, al menos eso se colige de estas declaraciones suyas: *"Yo creo que uno tiene más miedo a sufrir que a morir, no sabe lo que es morir, y siendo tan perecederos, viviendo en el discontinuo de la vida y la muerte, lo único que queremos es prevalecer y transcurrir. Esa consideración que dije no incluye la valentía de que no me importe morir. Prefiero no pensar demasiado y saber que en última instancia es un mundo de luz"*.

El 23 de enero del 2012 cumplió 62 años. Podemos imaginarlo rodeado de sus hijos y nietos, lo que seguramente le infundió algún grado de tranquilidad ante lo inevitable. Ojalá. También estaba rodeado, en círculos concéntricos, de una fama internacional más que merecida, y -sobretodo- de una admiración unánime y sin límites. Y así finalmente su barca llegó al final del río, y el 8 de febrero del 2012 falleció, en su casa, el Flaco Spinetta.

XVI CONCLUSIONES

Ya enumeramos, repartidas en este texto, algunas de las características que Luis Alberto Spinetta compartía con el común de los mortales (solo faltó agregar que era un elogiador desmedido, ya que siempre se refería a sus músicos amigos como si fuesen Miles Davis). Ahora intentaré hacer otro tanto con aquellas que entronizaron en la cima a este rey de reyes. No me extenderé en el aspecto musical, el más evidente, ya que fue un gran músico en un mundo en el que, sin duda alguna, abundan los grandes músicos. Es cuando abordamos sus letras cuando el Flaco comienza a desmarcarse de los demás, y tampoco por la calidad intrínseca de estas, ya que afortunadamente en el ámbito de la música popular tampoco escasean los poetas de fuste (son mi adicción y podría citar rápidamente una decena). Lo que diferencia y eleva a Spinetta por sobre el redil de los cantautores es el sentido, la intención y la coherencia de su vasto y contundente legado artístico.

EL SENTIDO: Spinetta adoptó ya desde los días de Almendra una postura intransigente de defensa del arte en tanto disciplina, podríamos decir alquímica, por cuanto para su desarrollo requiere estar debidamente aislada, asumiendo el trabajo artístico como un laboratorio en el que se destila un elíxir de la mayor importancia, el que -al menos en su etapa germinal- no debe ser contaminado por las contingencias transitorias, ni menos aún por la mediocridad ambiente, léase mercantilismo, modas, banalidad y facilismo. Esto lo volvió confrontacional para la industria del disco, pero fundamental para la historia del arte. Su erudición y su buen trato del idioma -dosificando modismos y neologismos- son parte de este sumo cuidado.

LA INTENCIÓN: No obstante lo anterior, que podría llevarnos a encasillar a Spinetta como un cultor del arte por el arte, la poética spinetteana está impregnada, también desde su origen, por el ideario de una de las mayores revoluciones del siglo XX, tal vez la de aporte más benéfico, profundo y permanente. Me refiero a la revolución cultural, artística y psicológica del *hip-*

pismo, el que infundió en la poesía de Spinetta elementos tan definitivos como un acendrado pacifismo, un estar alerta, y una fe absoluta en el amor, manifestados en una obra que irradia ternura y delicadeza con una eficacia y constancia muy difícil de encontrar en otros cantautores.

LA COHERENCIA: En Spinetta no encontramos disonancias en su discurso, no hay un momento de quiebre o golpe de timón que evidencie un -natural y comprensible- momento de duda en sus convicciones. Siempre aferrado a la lucidez, tanto en sus letras como en sus declaraciones, Spinetta no ceja de bogar en dirección de ese ideal humanista y redentor al que adscribió desde que con tres amigos del barrio refundaron su formativa agrupación y la rebautizaron Almendra.

XVII EL RÍO II

El delgado cuerpo del Flaco Spinetta fue incinerado y sus cenizas depositadas en ese Río de la Plata cerca del cual siempre vivió. Mientras sus partículas y fragmentos se alejaban unos de otros en el gigantesco estuario, su nombre terminaba de instalarse allá en lo alto, muy alto, hacia donde los humanos elevamos nuestras plegarias, junto con nuestros mejores sentimientos y anhelos. Basta leer los comentarios al pie de videos con su música o su presencia para constatar que el Flaco tuvo éxito en una de las tareas más difíciles de estos tiempos, la de crear una oleada de paz y emoción que contrarreste las ansias confrontacionales y la pobreza mercantilista que hoy campean en el mundo. En este sentido, no puedo dejar de mencionar el hecho de que el Flaco Spinetta siempre se movió en una atmósfera de reconocimiento, desde temprana hora, y los premios y galardones le llovieron sin cesar. Que el disco del año, que el álbum del año, que el mejor videoclip o el mejor concierto, etcétera. Pero dada la alta cota de su nivel artístico, todos estos premios le resbalaban, no los buscó ni le aportaron nada, yo diría inclusive que buscan aterrizarlo, intención fallida desde un principio, ya que el Flaco era también, y por paradojal que suene, inasible, ya que navegaba en una dirección muy distinta y divergente del común de los mortales.

Podríamos decir que existe una "tensión spinetteana" de lucidez, pureza y rigor, sin despreocupar la alegría, la buena onda y un poco de humor. El Flaco siempre apuntó alto, pero sus alas no se quemaron, ya que eran alas invisibles en un cuerpo de jade. Por eso no cayó al abismo y, por el contrario, no para de elevarse. Esto explica la sensación de contenido éxtasis que provocan tantas de sus canciones, desde *Tema de Pototo* hasta *Tu vuelo al fin,* pasando por decenas de escalones, a cual más estremecedor (dicen que compuso 376 canciones más todas las que aún esperan guardadas).

Ya pasaron catorce años y las cenizas del Flaco Spinetta deben haber atravesado el Atlántico y más de algún fragmento consiguió llegar para diluirse definitivamente en alguna playa de la costa occidental de África del sur. El ciclo se cumplió, y todo tal vez no fue más que un milagro, un bello milagro. El tiempo dirá.

olivaresnou@gmail.com
La Florida, Santiago de Chile, mayo 2026.
Fotografía: Retrato de Spinetta por Eduardo Martí.

art.escaner.cl · 8 de noviembre de 2026